

**INSTITUTO CARO Y CUERVO
SEMINARIO ANDRÉS BELLO
MAESTRÍA EN ESCRITURA CREATIVA**

TERRITORIOS NACIONALES
JUAN CARLOS RODRÍGUEZ

BOGOTÁ D. C.

2020

**INSTITUTO CARO Y CUERVO
SEMINARIO ANDRÉS BELLO
MAESTRÍA EN ESCRITURA CREATIVA**

***TERRITORIOS NACIONALES*
JUAN CARLOS RODRÍGUEZ**

Tesis de grado para optar por el título de Magíster en Escritura Creativa

DIRECTOR: GIUSEPPE ERNESTO CAPUTO CEPEDA

BOGOTÁ D. C.

2020

CARTA DE AUTORIZACIÓN DE LOS AUTORES PARA LA CONSULTA Y PUBLICACIÓN ELECTRÓNICA DEL TEXTO COMPLETO

Bogotá D.C., octubre 5 de 2020

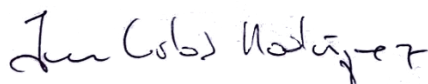
Señores
BIBLIOTECA JOSÉ MANUEL RIVAS SACCONI
Ciudad

Estimados Señores:

Yo, Juan Carlos Rodríguez Rondón, identificado con C.C. No. 79,533.793 de Bogotá, autor del trabajo de grado titulado TERRITORIOS NACIONALES presentado en el año de 2020 como requisito para optar el título de MAGISTER EN ESCRITURA CREATIVA; autorizo a la Biblioteca José Manuel Rivas Sacconi del Instituto Caro y Cuervo para que con fines académicos:

- Ponga el contenido de este trabajo a disposición de los usuarios en la biblioteca digital Palabra, así como en redes de información del país y del exterior, con las cuales tenga convenio el Seminario Andrés Bello y el Instituto Caro Y Cuervo.
- Permita la consulta a los usuarios interesados en el contenido de este trabajo, para todos los usos que tengan finalidad académica, ya sea formato impreso, CD-ROM o digital desde Internet.
- Muestre al mundo la producción intelectual de los egresados de las Maestrías del Instituto Caro y Cuervo.
- Todos los usos, que tengan finalidad académica; de manera especial la divulgación a través de redes de información académica.

De conformidad con lo establecido en el artículo 30 de la Ley 23 de 1982 y el artículo 11 de la Decisión Andina 351 de 1993, **“Los derechos morales sobre el trabajo son propiedad de los autores”**, los cuales son irrenunciables, imprescriptibles, inembargables e inalienables. Atendiendo lo anterior, siempre que se consulte la obra, mediante cita bibliográfica se debe dar crédito al trabajo y a su autor.



JUAN CARLOS RODRÍGUEZ RONDÓN

CC 79,533.793

DESCRIPCIÓN TRABAJO DE GRADO

AUTOR O AUTORES

Apellidos	Nombres
Rodríguez Rondón	Juan Carlos

DIRECTOR (ES)

Apellidos	Nombres
Caputo Cepeda	Giuseppe Ernesto

TRABAJO PARA OPTAR POR EL TÍTULO DE: Magister en Escritura Creativa

TÍTULO DEL TRABAJO: TERRITORIOS NACIONALES

NOMBRE DEL PROGRAMA ACADÉMICO: Maestría en Escritura Creativa

CIUDAD: BOGOTA AÑO DE PRESENTACIÓN DEL TRABAJO: 2020
NÚMERO DE PÁGINAS:

NÚMERO DE PÁGINAS: 62

TIPO DE ILUSTRACIONES: Ilustraciones ___ Mapas ___ Retratos ___ Tablas,
gráficos y diagramas ___ Planos ___ Láminas ___ Fotografías ___

MATERIAL ANEXO (Vídeo, audio, multimedia):

Duración del audiovisual: _____ Minutos.

Número de casetes de vídeo: _____ Formato: $\frac{3}{4}$ ___ Mini DV ___ DV Cam
___ DVC Pro ___ Vídeo 8 ___

Hi 8 ___ Otro. Cual? _____

Sistema: Americano NTSC _____ Europeo PAL _____ SECAM _____

Número de casetes de audio: _____

Número de archivos dentro del CD (En caso de incluirse un CD-ROM diferente al
trabajo de grado: _____

PREMIO O DISTINCIÓN (En caso de ser Laureadas o tener una mención especial):

DESCRIPTORES O PALABRAS CLAVES:

ESPAÑOL

Narrativa

Memoria

Años ochenta

Bogotá

Novela episódica

INGLES

Narrative

Memory

Eighties

Bogotá

Episodic novel

RESUMEN DEL CONTENIDO Español (máximo 250 palabras):

TERRITORIOS NACIONALES es la primera parte de una novela de carácter episódico. Narra algunos episodios de la vida de un personaje que crece en Bogotá durante los años ochenta.

RESUMEN DEL CONTENIDO Inglés (máximo 250 palabras):

TERRITORIOS NACIONALES is the first part of an episodic novel. It narrates some episodes in the life of a boy growing up in Bogotá during the eighties.

NOTAS SOBRE LA ESCRITURA DE *TERRITORIOS NACIONALES*

1. En el momento de comenzar a desarrollar este proyecto sabía que me interesaba un tiempo y un lugar. El periodo entre los años setenta y ochenta en el que crecí. La ciudad, el país, en los que crecí. No me guiaba un único interés que pudiera precisar con claridad, se trataba, más bien, de varias intenciones que operaban al mismo tiempo y si existiera algo que yo pudiera considerar como la poética de este relato, sería, precisamente, una especie de acto de malabarismo consistente en tratar de mantener todas estas intenciones en el aire al mismo tiempo.

2. Está, además, esa zona de incertidumbre en la que me instalo al escribir. Supongo que en este oficio les pasa a muchos, o a todos, pero hablo acá de mi experiencia. Escribir este texto fue echar a andar por un camino indefinido, escasamente señalado, entre lo que creía que quería hacer antes de sentarme y lo que iba descubriendo que quería hacer (o dejar de hacer) a medida que avanzaba. Descubrir que no se sabe, que es necesario que la escritura sea búsqueda, indagación. Partí de la voluntad de contar un tiempo y descubrí que ese tiempo era también un espacio. Comencé en la evocación y ya no sé muy bien en donde terminaré.

3. Los libros de recuerdos. Me interesan los recuerdos. Son el punto de partida de mi trabajo, aunque no me planteo el asunto de la escritura autobiográfica. Procuero, además, no envolver lo recordado en brumas de corte nostálgico. No quiero contar mi vida. No hoy, no ahora. Pero lo que cuento en este relato proviene, en gran medida, de recuerdos. Me gusta la atmósfera que rodea la evocación, esa conciencia de un pasado que permanece girando

alrededor de nosotros, muchas veces sin notarlo. Hay momentos en Proust que me dan la impresión de ser, esencialmente, más atmósfera que historia. Una máquina de recordar que hace su trabajo constantemente, una linterna mágica, es la metáfora que él mismo utiliza. Pienso en *Ada o el ardor* de Nabokov, construida a partir de la evocación de un mundo perdido, aristocrático, medio imaginado y medio recordado, que está sostenido por una atmósfera de evocación constante.

4. Lo recordado tiene la posibilidad de ser engañoso. Sin embargo, es raro que alguien diga “esto es lo que *creo* que me pasó”, haciendo énfasis en el carácter subjetivo de la memoria. Quizá porque nuestra impresión de que lo recordado es auténtico prima sobre cualquier duda. Es más inmediato decir “esto fue lo que me pasó” y, así lo recordado sea falso, esta es una afirmación más sincera en lo que respecta a la propia percepción de la realidad. Ciertamente, durante la escritura de mi relato esta dualidad me resultó interesante como tema en un par de ocasiones, pero no es solo por esto que la menciono. Tengo la impresión de que un relato que se presenta bajo la forma de una evocación, en el que se sigue capítulo a capítulo la voz de un narrador reconstruyendo episodios de su vida, incorpora el impulso de aceptar incondicionalmente la verdad del recuerdo personal como uno de sus recursos principales.

5. El mundo de los recuerdos es, pues, la base, el sustrato, de esta narración. Y este es un tema de larga tradición literaria. De maneras distintas, diversos autores han trabajado con esa particular textura de la evocación y no pretendo abordar ese catálogo, actividad más propia de los estudios literarios. Mientras escribía el relato no tenía en mente a ningún autor en particular, pero eso no quiere decir que no haya establecido un diálogo con algunos. Estoy

convencido de que el acto de escritura implica intensas conversaciones tanto con los autores más admirados como con los más despreciados. De alguna manera se es deudor de todo lo que se ha leído. Obviamente hay afinidades, pero, y de nuevo esto no es más que una creencia personal, en el momento de escribir son más hondas en tanto menos conscientes.

6. ¿Con quién dialoga mi texto?

De acuerdo con lo que vengo diciendo, ni idea.

Podría, mejor, mencionar algunas lecturas afines que he hecho en tiempos recientes. El *diálogo consciente*, digamos, porque del inconsciente mejor ni intentar hablar.

Los libros de Annie Ernaux, *Léxico familiar* de Natalia Ginzburg y, un poco anacrónicamente, *Las confesiones* de Rousseau han estado dentro de estas lecturas recientes.

Rousseau, interesado sobre todo en mostrar la excepcionalidad de su propio carácter, no deja de dedicar espacio en las primeras partes de su libro a su frágil pero fundamental red de relaciones familiares. Esa excepcionalidad que quiere transmitir (y que algunos lectores podrían considerar molesta) no me parece algo tan fuera de lo común. Descubrir el mundo implica sentirse único: no todos descubrimos lo mismo al mismo tiempo.

El texto de Ginzburg tiene una mirada casi exterior, se regodea en la observación permanente de quienes la rodean, poniéndose a sí misma en un último plano. Todo lo contrario de lo que intenté en mi relato, pero me llama muchísimo la atención cómo, siguiendo este camino termina por llegar a sí misma. Tal vez la descripción del entorno de un personaje puede terminar operando como espejo de este. Tal vez un narrador puede decir más sobre sí al hablar menos de sí. Supongo que un psicoanalista podría decir que estoy descubriendo el agua tibia, pero estas notas son una reflexión sobre un proceso personal, más que un ejercicio de teorización literaria.

7. Hay dos libros en particular que, sin servirme de modelos, son textos a los que debo de manera mucho más consciente que a los otros. Charlando un día con Giuseppe Caputo sobre la estructura del libro me sugirió leer *Nosotros los animales*, de Justin Torres. Si bien la recomendación tenía que ver con la disolución de fronteras entre un libro de cuentos y una novela, decisión que tuve que tomar en algún momento de la escritura, este libro me llamó particularmente la atención tanto por esa forma en la que la evocación está totalmente distanciada de cualquier idea de nostalgia, como por su resolución. En los capítulos finales aparece súbitamente el tema de la homosexualidad, que no ha sido mencionado ni siquiera de pasada a lo largo de la novela y que, sin embargo, tiene todo que ver con los estereotipos y formas de la masculinidad que el autor ha venido mostrando. Pensé en que podía extrapolar a otro asunto la manera en la que Torres prepara un tema sin nombrarlo, de manera tal que al hacerse evidente sorprende y no sorprende al mismo tiempo.

El otro libro es *Departamento de especulaciones* de Jenny Offill. Una novela de corte autoficcional de estructura fragmentaria en la que tanto lo uno como lo otro termina siendo secundario. La escritora, su vida sentimental, familiar, laboral, artística, la experiencia de la maternidad, están en el libro, ciertamente, pero poco importa el carácter autorreferencial. Sus historias no resultan atractivas porque Offill hable de sí misma y deje entrever elementos de su realidad particular, sino porque ha creado una voz, un *yo* literario que las cuenta con fuerza y encanto. Y, alternando con el relato, la autora incorpora un universo referencial amplio. Citas de varios autores, sospecho que varias de ellas apócrifas, discusiones sobre elementos de cultura contemporánea, reflexiones sobre lo que cuenta, en una construcción fragmentaria que no renuncia a una historia que la articula y le da sustento.

8. Una voz que habla desde del mundo de la infancia no está obligada a permanecer siempre en él. No está obligada, tampoco, a buscar en la infancia el sentido del presente, una especie de epifanía a posteriori. Una voz vale por ser una voz. No está obligada a nada, de hecho. Esto, en mi opinión, vale para todas las otras voces posibles. Una voz de anciano no tiene por qué ofrecer la sabiduría decantada por los años, sólo tiene que ser y ya. Y tal vez ni siquiera eso.

Esto, más que una declaración de principios, o un *ataque preventivo* frente a una posible crítica, es un recordatorio para mí mismo.

9. No sé si cultivo un sentido romántico de la infancia. Pienso en un poema de Wordsworth que me gusta mucho: *Lines Composed a Few Miles above Tintern Abbey, On Revisiting the Banks of the Wye during a Tour. July 13, 1798*. En su visita a un paisaje amado y que ha dejado de ver durante algunos años, el poeta reconoce una suerte de soporte espiritual que sus visitas a estos parajes le proveen:

That in this moment there is life and food
For future years (...)

y, así como apunta hacia adelante, reconoce en su fascinación con la naturaleza una fuerza primaria que está en él desde que es un niño. Es interesante que Wordsworth asimila los cambios producidos por la edad y no entra en la nostalgia. Comprende que hay fuerzas en él que vienen de la infancia y que, perdidas o moderadas, lo han configurado. Al dejarlas atrás la vida provee otras nuevas, menos intensas tal vez, pero igualmente valiosas. Ya no hay esa comunión, esa fusión con la naturaleza, pero, al recordarla, al no permitirse olvidarla, el poeta puede, al madurar, contemplarla intensamente, recibir su alimento.

10. La pregunta por la manera de expresar sentimientos ha sido fundamental para la escritura de este relato. Quiero que los sentimientos puedan manifestarse, existir, tener un lugar en la historia. En cuanto al sentimentalismo, creo que es un poco inevitable que el narrador caiga en él. Pero una cosa es que el narrador, el personaje, tenga momentos de sentimentalismo y otra muy diferente que el texto apunte a la sensiblería.

Y la sensiblería, de paso, no es un problema. Las novelas de Manuel Puig son ejemplo perfecto de esto.

Hay, más bien, una pregunta implícita en la historia, acerca de la cultura popular y su relación con la educación sentimental de una generación. Es el tiempo dorado de las baladas románticas, el de la llegada intensa del vallenato a Bogotá, de la ampliación del público de las telenovelas, que antes tendían a ser vistas como un producto exclusivamente dirigido a un público femenino.

Recuerdo el furor que causó la telenovela *Pero sigo siendo el rey*. Adaptada del libro de David Sánchez Juliao, se trataba de una suerte de pastiche derivado del mundo narrativo de las rancheras y corridos mexicanos que fue un éxito absoluto. Era 1984 y dice Martha Bossio, la libretista, que al comienzo la gente no entendía qué era lo que estaba viendo. Los adultos no advirtieron, al menos inicialmente, que la telenovela caricaturizaba el melodrama y, de paso, hacia una sátira del machismo local. Yo recuerdo hablar con mis compañeros del colegio sobre Juan Charrasqueado y repetir el estribillo aquel: «Que se creyó de las mujeres consentido / ¡Y fue borracho, parrandero y jugador!» muy lejos de comprender el carácter paródico de la telenovela.

11. Hay también una presencia de lo que podría llamarse una educación política. En el país, aún demarcado electoralmente entre liberales y conservadores, actuaban otras

fuerzas, tanto en la legalidad como en la ilegalidad. El M-19 abrió la década de los ochenta con la toma de la embajada dominicana, tal vez su mayor éxito mediático y, apenas cinco años después se tomó el palacio de justicia. Eran los tiempos de las múltiples guerrillas. A los viejos movimientos de origen campesino se sumó la guerrilla urbana, el horror del Ricardo Franco y Tacueyó, la guerrilla indígena del Quintín Lame.

Recuerdo el ritual familiar de ver el *Noticiero 24 horas*, a las 7:00 p.m. No entiendo por qué no comprendíamos que nuestra realidad era la guerra.

Recuerdo las lágrimas de una amiga cuando, en 1987 el presidente Barco anunció la guerra contra los carteles del narcotráfico. La aterraba el término, el oír nombrar por primera vez que íbamos a estar en guerra. No era la única. Muchos no habíamos entendido aún el mundo en el que estábamos creciendo.

12. Al final, se trata de que escribo sobre una época. Pero no quiero, no pretendo, explicar su complejidad. Explorarla, sí, por supuesto. No tengo la intención de ofrecer hipótesis de interpretación histórica ni observaciones sociológicas. Mas que intentar hacer una guía al mundo de los años ochenta en Bogotá, quiero que ese mundo exista, que esté vivo en este escrito. Que exista ese país que fue, que ya no es. Que, al menos jurídicamente, ya no existe. El final de la historia, después del *continuará...* es, precisamente, la proclamación de la constitución del 91 que, al menos en mis planes actuales, coincidirá con la llegada del narrador a la mayoría de edad.

TERRITORIOS NACIONALES

LAS GUERRAS

Nuestro juego, durante mucho tiempo, fue la guerra. A veces, la guerra total y extrema: mi hermano y yo hacíamos un montón en la mitad del cuarto con todas las fichas de Lego y Estralandia y nos pasábamos horas construyendo un arsenal. Misiles, cañones, lanzaderas, bombas termonucleares. Las acumulábamos con paciencia, cada uno en su respectiva cama, apuntándonos el uno al otro, el uno al territorio del otro, sumando y sumando piezas a lo largo del día. En la noche era necesario desmontar el arsenal. Las dos camas eran de nuevo el lugar para dormir y no países enemigos en un mundo bipolar, así que todo el armamento iba al depósito subterráneo y ahí permanecía hasta la mañana siguiente. Al otro día, cuando el juego seguía, arrancábamos de nuevo a acomodar el arsenal, sacándolo de debajo de las camas, para mantener el estado de amenaza, la fuerza disuasoria, la zozobra global.

Era, por supuesto, la guerra fría.

Y el aguante que debía tener mi hermano menor para resistir ese juego más de una tarde era increíble. El récord absoluto fue de cinco días seguidos durante unas vacaciones del colegio. Ya sin fichas fuimos acumulando todo lo que se nos atravesó, las medias enrolladas eran bombas, los tubos de papel higiénico lanzamisiles, las muñecas de mi hermana mayor gigantes radioactivos posnucleares, godzillas con forma humana.

Mi mamá era Jimmy Carter: cuando se cansaba del desorden nos obligaba a aceptar un protocolo de reducción de armas nucleares. Eso implicaba desmontar el arsenal y entregarlo a una fuerza multinacional para su almacenamiento y destrucción. O, mejor dicho,

a guardar el montón de fichas en una caja porque había que limpiar el cuarto y con ese reguero no se podía.

Mi hermano no entendía las complejidades diplomáticas del juego. Siempre quería lanzar algún misil y me costaba tanto contenerlo que más de una vez me tocó aceptar el inicio de la guerra. Volaban fichas de un lado al otro, primero siguiendo parábolas cuidadosamente calculadas para hacer daño al territorio enemigo y, luego, arrojadas en total desorden, tratando más bien de que el daño fuera en el cuerpo del enemigo.

Yo prefería algo más conceptual, cuando ya no quedaba nada que pudiera usarse como arma, me gustaba entablar una relación distendida con el enemigo, lo que nos permitía jugar *Hágase rico* o *Ruta*, o cualquier otro juego de mesa, sobre el tapete que había justo en la mitad de la habitación, en el espacio que separaba las dos camas. Como si un general norcoreano jugara mahjong con uno surcoreano en la zona desmilitarizada. Con los años supe que eso se llamaba *détente*. Cobijados por todo ese armamento, nos permitíamos un paréntesis, algo de paz. Pero mi hermano no era muy ducho en geopolítica, cosa muy difícil para su edad, me imagino, y siempre quería que nos comenzáramos a aventar misiles, que hubiera ataques, que pasara algo, que ganara alguien.

Por eso mismo el juego no duró tanto como la verdadera guerra fría. Se acabó, sin pena ni gloria. No tuvo su Gorbachov. Habría sido hermoso que ese hubiera sido el final: un país, digamos el mío, emprende una serie de reformas que terminan en su disolución. Cada misil desmontado, cada par de fichas despegadas, armamento reciclado, tendrían un destino incierto, alimento de un nuevo conflicto.

Nuestro belicismo, sin embargo, era profundo. Yo podía ser un niño gordo, de gafas, al que lo que más le gustaba en la vida era leer, pero eso no me convertía en un pacifista. Y después de la guerra fría vino la guerra del agua.

Explicar este proceso requiere un análisis de los factores históricos que confluyeron en este recrudescimiento. Primero vino el armamento. Después el conflicto.

Mi mamá era enfermera. En esa época eso quería decir, entre otras cosas, que toda la familia y algunos vecinos la llamaban cada que necesitaban una inyección. Ella tenía un viejo juego de jeringas de vidrio que nunca la vi usar. Ya se habían popularizado las jeringas desechables y mi hermano y yo las coleccionábamos. Mi mamá les quitaba la aguja después de usarlas y nos las daba.

Nadie hablaba del sida en esos tiempos.

En la época de la guerra fría, las jeringas habían sido misiles, pero cuando comenzó a decaer las convertimos en armas ligeras. Para echarnos agua entre nosotros, claro, pero también al perro, a los pájaros, a los gatos de los vecinos. Trazábamos figuras en las ventanas, hacíamos prácticas de tiro al blanco.

El espíritu bélico nos dominó. Ya no era la guerra de posiciones, global, territorial. Ahora éramos agentes secretos, vaqueros, espías, que comenzaron a acribillarse a punta de agua por toda la casa. Mis papás lo dejaron pasar al comienzo, pero cuando comenzamos a hacer daños en la casa nos pusieron el freno. Jimmy Carter había fallado: teníamos demasiadas jeringas y cada combate dejaba todo encharcado. Así que el juego quedó oficialmente prohibido, pero no obedecimos. Si al comienzo las jeringas más apetecidas eran las grandes, ahora comenzamos a apreciar las pequeñas, que podíamos llevar camufladas en los bolsillos. A mí me encantaban las de insulina, largas y delgadas como una daga, que apenas servían para un disparo. Me le acercaba a mi hermano cuando lo veía distraído y le disparaba a traición, vaciándole toda el agua en la cabeza, sin dejar rastros ni salpicar. Él hacía lo mismo, claro, y pronto la estrategia de ambos consistió en andar siempre con una

jeringa mediana repleta, lista para el contraataque. Y los asaltos se fueron reduciendo. Ahora creo que lo que nos gustaba era la tensión del juego.

Yo rompí el equilibrio. Un sábado en la mañana cargué dos centímetros cúbicos de jugo de mora, apenas lo suficiente para un disparo, y se lo descargué en la cara a mi hermano, que estaba viendo televisión. Era una violación de dos protocolos esenciales: ver Mazinger era una actividad protegida y el jugo era un arma no convencional. Mi hermano montó en cólera y todo terminó en pelea de verdad. La intervención de mi papá fue tajante: el juego quedó prohibido y las jeringas decomisadas. Pero ni mi hermano ni yo queríamos pacificarnos. Rescatamos parte del arsenal antes de que lo sacaran a la basura y lo escondimos en lo más hondo del armario. Presentíamos que pronto iba a ser necesario.

Teníamos un vecino.

Bueno, teníamos dos vecinos y un casi vecino. Los dos vecinos eran los de las casas de al lado y nos cruzábamos con ellos todo el tiempo. El casi vecino era el dueño de la casa que daba al muro trasero del patio. Nunca supimos nada de él.

De estos tres, para asuntos militares, sólo importa uno, el señor Moreno.

Las casas de la cuadra eran idénticas, un mini conjunto residencial sin rejas ni cerramientos. Mis papás la compraron cuando la cuadra recién estaba comenzando a ocuparse y, con las casas idénticas, pasaba a veces que la gente se confundía y trataba de entrar a la de un vecino. Una vez, mientras nos visitaba un tío, alguien timbró a la puerta. Él atendió. Apenas entreabrió, se metió corriendo a la casa una muchacha que subió corriendo la escalera a lo bestia mientras le iba gritando a la mamá que no había hilo anaranjado sino rojo. Todos nos quedamos quietos mirando la escalera por la que bajó pronto, totalmente sonrojada,

corriendo de nuevo. No hubo disculpas ni nada, salió rápidamente y se fue a timbrar dos casas más allá. Así eran de parecidas. Tenían antejardín abierto y patio trasero. Los antejardines pronto se fueron convirtiendo en ampliaciones, garajes o, en los casos más modestos, jardines enrejados. El único que nunca tuvo un cerramiento fue el de la casa de los locos. Literalmente locos, dos hermanos esquizofrénicos que fueron nuestros vecinos durante años. A ellos los conocimos después.

Los patios traseros se preservaron más tiempo. Los muros eran bien bajos. En un par de ocasiones en que se nos quedaron las llaves adentro, mi papá le pidió permiso al señor Moreno para saltar desde su patio y entrar por la puerta de atrás que siempre permanecía abierta. Su casa quedaba a la derecha. A la izquierda vivían las hermanas Correa, con las que apenas nos saludábamos.

No se podía darle la vuelta a la manzana en carro, porque un costado daba a un parque gigante y sólo tenía paso peatonal. Desde mi casa hasta allá apenas había seis o siete casas, pero a mí me gustaba ir por el camino largo: al salir giraba en la dirección contraria, caminaba hasta la esquina, doblaba a la izquierda, caminaba hasta la otra esquina y recorría esa cuadra tratando de encontrar la casa que daba a la pared trasera de nuestro patio. Nunca supe cuál era. Seguía caminando derecho y llegaba al parque. Cuando nos trasteamos tenía varias montañitas completamente cubiertas de pasto, buenísimas para jugar y que le dieron el nombre al parque, Los Morritos. El nombre oficial, porque el extraoficial era Parque de los Marihuaneros. Me imagino que los tales morritos esos también les parecían buenísimos a los que querían ir a trabarse. El parque era enorme, con árboles, canchas de basquetbol y microfútbol, pista atlética, juegos infantiles. Íbamos mucho, pero era un poco de película de terror eso de tener que salir corriendo para la casa tan pronto amenazaba con oscurecer. Aun así, el barrio era tranquilo, no vivía mucha gente ahí. Robaban, sí, pero no era un gran drama.

Luego empeoró mucho. Luego desempeoró. Cuando cumplí doce años y comencé a recorrer la ciudad, llegaba a San Diego en buseta en menos de 20 minutos por las Américas y la calle 26. Era la ruta C125, la primera que aprendí a usar. Para ir al odontólogo, en el Centro Nariño, al comienzo, pero luego fui alargando el recorrido hasta llegar al centro. A los catorce, iba una vez a la semana a pasar la tarde en la Biblioteca Nacional.

Después, cuando ya llevaba varios años viviendo en otra parte de la ciudad, vi en un noticiero que habían encontrado un depósito gigantesco de explosivos de las FARC a media cuadra del parque. En el noticiero no lo llamaban parque de los marihuaneros, ni de los morritos, sino de Barcelona. A saber a qué horas y por qué cambió de nombre.

El patio de la casa fue nuestro bosque particular. Había un montón de matas, además de dos árboles, un papayuelo y un duraznero. La mayoría de los vecinos también tenían matas en sus patios. Por los muros andaban los gatos, que recorrían la cuadra de un lado al otro. Había montones de pájaros también: copetones, cardenales y otros de los que nunca supe el nombre. Las mirlas aún no colonizaban la ciudad. También había loros y guacamayos, que eran de un vecino que los dejaba sueltos para que anduvieran de casa en casa. La dicha les duró hasta que mi perro mató uno. El prontuario de mi perro, de hecho, ya incluía varios gatos y aunque hubo vecinos que dejaron de saludarnos por eso, ninguno se molestó tanto como el de los loros. Yo lo entendía, claro, pero también me encantaba ver a mi perro, tremendo pastor alemán, acechando a los bichos que atravesaban el patio a toda hora. Que un loro o un par de gatos hubieran tenido la desfachatez de descender hasta el ras del suelo era un accidente y nada más.

Hasta que Víctor comenzó con el lanzamiento de gallinas.

El señor Moreno, el vecino de al lado, fue el primero en romper la armonía de los patios traseros: construyó una torre en el suyo. No medieval, ni renacentista, ni republicana. «Tres apartamentos», decía. En realidad, era una mole de tres pisos sin entrada independiente, hecha de ladrillo y sin mayores acabados. Ni siquiera le pasó el palustre a la rebaba del cemento, ni lo rebozó, ni lo estucó. Y para terminar su obra, cercó la terraza con una malla y montó un gallinero. Horrible. Los apartamentos no tuvieron demanda y al final se los arrendó a una costurera que instaló ahí su taller. Pronto vimos como de la malla comenzó a descolgarse una enredadera, una mata de curuba, que resultó ser la más productiva de la casa. El duraznero daba unos frutos chiquitos y ácidos, pero tenía una orquídea mística, que florecía siempre en Semana Santa. Las papayuelas aparecían por temporadas, como dulce o en la aguadepanela. Pero las curubas fueron el éxito absoluto y la enredadera unió a las dos casas. Pronto mis papás y los vecinos fueron compadres.

Y nos habríamos quedado en esta armonía frutal, de no ser por Víctor, el hijo mayor del señor Moreno, que estaba absolutamente encarretado con el cuidado de las gallinas, pero que tenía la costumbre de agarrarlas de las patas y dejarlas caer desde la terraza. Los bichos soltaban unos graznidos escandalosos y aleteaban desesperadas mientras caían, amortiguando el golpe y quedando listas para repetir el lanzamiento. El espectáculo era hipnótico. Mi hermano y yo nunca nos perdíamos las sesiones de vuelo, que duraban una media hora diaria. Víctor no decía nada cuando nos veía, ni saludaba. Se concentraba en su trabajo como si estuviera haciendo un estudio zoológico, o como si fuera Galileo experimentando en la torre de Pisa. Nosotros no terminábamos de comprender por qué lo hacía, pero no contábamos nada. Las prácticas de vuelo ocurrían a escondidas de sus papás y nosotros, en un pacto tácito, no le contamos a los nuestros. Hasta que un día una de las gallinas se le zafó antes de tiempo y cayó en mi patio.

Y el perro la mató.

Y cuando nos interrogaron, contamos toda la historia de las gallinas voladoras.

Y al pobre Víctor le metieron un regaño apocalíptico y le prohibieron volver a la terraza.

Y comenzó a mirarnos mal. Le habíamos quitado su principal diversión. Tal vez la única que tenía.

Víctor no tenía amigos. No lo veíamos nunca salir al colegio. No estaba nunca en el parque. Tenía una bicicleta que limpiaba y brillaba durante horas, antes de salir a dar vueltas en ella.

Hablaba muy poco.

Cuando nos cruzábamos apenas murmuraba.

Pero en la terraza, con sus gallinas, se transformaba en otro. Cantaba, hablaba, alborotaba, se reía. Narraba el viaje que cada animal se disponía a emprender como si fuera un programa de televisión de los de la época, Naturalia o Animalandia o algo de ese estilo. Y creo que el viaje final de las gallinas, su caída aleteando desesperadas, no era otra cosa que el remate de un juego que nadie más que él entendía.

Me sentía mal de habérselo quitado.

La paz había llegado a nuestra casa, pero no la queríamos. No estábamos listos para ella.

Mi hermano y yo compartíamos la habitación que daba al patio y desde ahí monitoreábamos constantemente los movimientos del enemigo.

Nunca supimos cómo, ni por qué, ni a qué horas, pero ahora Víctor era el enemigo.

De pronto porque nos miraba mal.

De pronto porque nos sentíamos culpables por haberlo delatado y la mejor manera de lidiar con eso era, simplemente, decidir que era nuestro enemigo.

De pronto por una película que habíamos visto en televisión, sobre un criminal de guerra nazi que un comando rescata de una cárcel en Europa para entregárselo a otro gobierno que quiere ejecutarlo. Víctor no era un criminal de guerra, claro, pero es que en la película el comando de rescate vigila desde lejos la cárcel en la que el hombre es el único prisionero. Sólo tiene derecho a treinta minutos de sol al día y es el momento en que lo pueden ver con los binoculares. Aunque no necesitábamos binoculares para verlo, comenzamos a usarlos. Desde nuestra habitación veíamos al pobre aburrirse mortalmente, curioseando en el taller de costura cuando la dueña no estaba. En su casa ya no había patio y la terraza le estaba vedada. Nuestra ventana quedaba en diagonal a la ventana del segundo piso de la Torre Moreno, justo donde la costurera tenía sus máquinas. Cada que lo veíamos dando vueltas por ahí, yo pensaba en la película esa, y el pobre me parecía un criminal de guerra nazi en confinamiento solitario en una cárcel europea con sus treinta minutos de sol al día.

No es que él hubiera amenazado con hacernos algo, pero nosotros, ya estábamos enloquecidos por nuestro pasado guerrero. Rescatamos el arsenal, cuatro jeringas medianas y dos tarros de champú medicado que manteníamos llenos de agua, listos para defendernos. Decíamos que era necesario tener armas disuasorias.

Lo decía yo, que no entendía mucho lo de disuasorias, pero que al menos había oído el término. Mi hermano decía licuasorias.

Comenzamos a vigilarlo por turnos.

Ahora era el espionaje.

Usábamos unos walkietakies marca General Electric que nos habían regalado de navidad. Tenían un botón gris para hablar y uno naranja para enviar mensajes en clave morse. Cada que alguno veía a Víctor, oprimía el botón naranja para alertar al otro. Cuando yo era quien detectaba al enemigo, mi hermano salía corriendo directo para el cuarto y se instalaba al lado mío, en la ventana, para espiar. Cuando mi hermano era el que daba la alarma, yo me tomaba un poco más de tiempo, primero hacía indagaciones previas usando el botón gris: «describa la actividad del objetivo» o «dígame el tiempo de permanencia del sospechoso en el lugar» o «¿arsenal preparado?». A veces lo dejaba vigilar solo durante unos minutos antes de unirme a él.

Y claro, Víctor se dio cuenta.

Nos agachábamos tan pronto nos notaba, pero éramos unos espías de tres pesos. Nos tenía súper detectados.

Cuando nos asomábamos estaba pendiente de nosotros.

Y el juego no le gustaba nada.

No lo enfurecía, pero se le notaba que no le gustaba.

Algo malo tenía que pasar. Era inevitable.

Un día en el que me estaba comiendo un mango me demoré en atender el walkietalkie. Mi hermano daba la alarma con el botón naranja insistentemente. Cuando por fin me limpié las manos y pude cogerlo le pregunté si todo estaba bien con el objetivo. «Suba, suba rápido, suba». Se notaba tan angustiado que corrí por las escaleras.

Y entré en la habitación justo para ver el desastre: Víctor estaba como enloquecido, asomando medio cuerpo por fuera de la ventana. Con una mano se agarraba de una cortina, para sostenerse. Con la otra mano balanceaba una cacerola llena de agua, que se disponía a lanzar hacia nuestra ventana. Y justo cuando iba a hacerlo, la cortina se desgarró. La cacerola

cayó hacia su patio. Él cayó detrás. Cuando dio contra el piso, su cuerpo hizo un ruido seco que me hizo sacudir de la impresión.

Mi hermano comenzó a llorar a gritos y salió corriendo a buscar a mi mamá. Miré un momento por la ventana. Víctor estaba tirado en el piso, sin moverse. Yo temblaba.

Luego todo fue muy rápido: mi hermano y mi mamá entraron a la habitación. Mi mamá me miró sin entender muy bien, pero tan pronto se asomó a la venta, corrió a levantar a mi papá, que estaba dormido. Se fueron inmediatamente a avisarle al vecino. En medio del escándalo, mi hermana vino y se quedó con nosotros, mirando el cuerpo que aún no se movía. Vimos como mi papá y el papá de Víctor salieron al patio a recogerlo. Lo alzaron y se lo llevaron para adentro.

Sobrevivió.

Era, a fin de cuentas, un segundo piso.

Mi mamá nos contó que cuando recobró la conciencia no paraba de reírse.

Los papás de Víctor estaban muy agradecidos. No se habían dado cuenta de la caída hasta que mi papá les avisó.

Mis papás preguntaron qué había pasado.

Al parecer mi hermano, siempre dispuesto a entrar en combate, le había disparado a Víctor con una jeringa. Las ventanas no estaban tan cerca y apenas lo había salpicado con unas gotas. Víctor se había burlado de él y mi hermano había recurrido a uno de los tarros de champú. El chorro había salido con fuerza y le había dado al blanco en toda la cara. En ese momento fue cuando me había dicho por el walkietalkie que subiera, porque Víctor había salido corriendo y mi hermano sospechaba que se venía la gran batalla.

A mi hermano no lo castigaron.

A mí, en cambio, me fue muy mal.

A Víctor, más allá de las magulladuras, no le pasó nada.

Fue el final de las guerras.

La costurera se trasteó.

La Torre Moreno estuvo desocupada un buen tiempo.

Hasta que llegó una nueva inquilina.

La cuñada del señor Moreno.

Lo primero que hizo fue poner un triángulo de madera en la ventana por la que se había caído Víctor. En el centro de la figura había una escoba dibujada y encima una sigla: «R-11». Tenía los bordes pintados de verde y blanco. En ellos se leía un anuncio: «Cruzada de la dignidad y la vergüenza».

CRUZADA DE LA DIGNIDAD Y LA VERGÜENZA

Era plan familiar la lectura del periódico los domingos en la mañana. Mi papá nos repartía las secciones y luego íbamos rotándolas. Los clasificados, claro, no contaban y quedaban descartados desde el comienzo. Aunque al terminar la rotación completa, yo los leía. No completos, claro, pero les dedicaba un rato. Había algo hipnótico en la repetición constante de fórmulas. «R-4. Buen estado» se podía repetir mil veces en una columna, un anuncio debajo del otro, apenas diferenciados por el teléfono. Las combinaciones básicas eran R-4, R-6, R-12, por un lado, y «único propietario», «como nuevo», «venpermuta», «ganga» y otros de ese estilo por el otro. El país se había inundado de Renault desde que los estaban ensamblando en Envigado. Los renoles, les dijimos durante mucho tiempo. Hasta había un chiste muy popular, algo así como que, si Perú era el país de los Incas, Colombia era el país de los renoles.

Mi hermano decidió que el R-11 del letrero de la vecina era una nueva renolización.

Decidió, además, que era la mejor de todas.

Tal vez porque nunca la habíamos visto, o de pronto por sensibilidad numérica innata.

El 11 era la ruptura perfecta de la secuencia 4, 6, 12, armónica y consistente, pero predecible.

Yo sabía que el R-11 era porque la vecina era reginista. Se lo había oído decir a mi papá, con algo de sorna. La vecina era seguidora de Regina 11 y lo proclamaba poniendo su escudo en la ventana. Con el detalle de que ahí sólo lo íbamos a ver mi hermano y yo. Era como un mensaje secreto, especial para nosotros. Cuando se lo dije, mi hermano me preguntó qué íbamos a hacer.

«¿Qué vamos a hacer de qué»

No supo qué decirme. Pero era claro que quién habitara ese espacio tenía que ver con nosotros. Así que decidimos vigilar. Reactivar los walkietalkies.

Tratamos, primero, de saber qué era ser reginista.

Regina aún no era muy famosa. En ese tiempo era todavía «Mamá Regina», una mentalista medio loca que decía tener todo tipo de poderes. Un personaje más del folclor local, que se había hecho más conocida desde que había sido elegida en el Concejo de Bogotá.

No sabíamos qué hacer. ¿Prepararnos para una tercera guerra? ¿La reginista era amiga o enemiga? ¿Buena o mala?

Espiamos y espiamos y espiamos. Asumimos nuevas identidades. Yo era de la KGB y mi hermano de la CIA. Desde que mi mamá había acabado con la guerra fría, colaborábamos sin problemas.

Pero había tan poco que espionar que nos aburríamos.

La vecina se iba muy temprano a su trabajo y al volver no hacía nada raro. No había gallinas volando, ni muestras de poderes sobrenaturales.

Abandonamos la vigilancia pronto. Fue el más corto de nuestros juegos.

Tal vez si hubiéramos sido capaces de ver el futuro algo se nos habría ocurrido. Regina estaba comenzando como concejala en un tiempo en que los miembros de esta corporación no devengaban sueldo. El concejo era, para la mayoría de los que lo conformaban, apenas un primer paso en la política. Una especie de periodo de prueba, de práctica laboral, por la que había que comenzar. Regina llegaría luego a tener poder real y

efectivo. Llegaría a congresista, tendría frecuentes intervenciones en el espacio correspondiente a los partidos políticos en la televisión, sería candidata presidencial. Y luego caería, perdería la curul, iría a la cárcel. Y volvería a ser una mentalista con una cantidad importante de seguidores, pero lejos de la prensa y la televisión. Para llegar al congreso creó un movimiento al que calificó de *metapolítico*. No en el sentido de que iría más allá de la política. Lo que quería decir y lo que todos le entendieron es que su movimiento sería metafísico y político al tiempo.

Porque todo el mundo sabía qué era la metafísica.

La de Conny Méndez, claro, no la de Aristóteles.

Pero claro, no éramos capaces de saber el futuro, para inventarnos el juego de la metapolítica, en el que legislaríamos, gobernaríamos, levitaríamos y leeríamos la mente. Habría sido fantástico.

Y tampoco sabíamos latín, como para entender que *regina* significaba *reina*. En un país de reinados, tal vez habríamos jugado al reinado metapolítico en el que las candidatas contestaban las preguntas del jurado por telepatía. Además, a diferencia de las otras reinas, Regina si tenía súbditos. Era una verdadera reina. ¿Habríamos sido amigos o enemigos del reino?

Nos enteramos, eso sí, de que decían que Regina era bruja.

Pero eso era algo muy serio, con lo que no jugábamos.

EL VIAJE ASTRAL

Regina no era la primera bruja de la que oía hablar.

A fin de cuentas, la familia de mi mamá era del Tolima.

Mis tíos contaban historias de brujas, fantasmas, aparecidos y espantos que siempre terminaban por quitarme el sueño.

Uno contaba su encuentro con «el cachudo» en el río Coello. Estaba con unos amigos y les escondían las cosas. Primero unos anzuelos, luego la comida, después la ropa. Ya iba atardeciendo cuando el río se puso raro, como bravo, y vieron de lejos a un hombre que, imperturbable, atravesaba la corriente a caballo. Iba vestido con elegancia, traje y sombrero blancos, y en algún momento detuvo la montura, la giró para quedar mirando hacia donde ellos estaban y les tendió las manos, haciéndoles gestos de que se acercaran. Se reía y los llamaba por sus nombres «Édgar, Arturo, Guillermo... Édgar, Arturo, Guillermo...»

Otro contaba de la noche en que una bruja se le había metido al cuarto. Justo el mismo cuarto en el que yo dormía, en un catre de lona, cuando íbamos a visitar a mi abuela. Nada más oírlo decir que esa noche él estaba en un catre de esos, era suficiente para ponerme a temblar del miedo.

Una tía abuela contaba que, en el campo, cada vez que la dejaban sola, cuidando a los más pequeños, la asustaban. Acomodaba a los niños, se metía en su cama, apagaba la vela y comenzaba el carnaval del más allá. Sentía manos que le tocaban el hombro, oía ruidos extraños, voces hablando en los rincones de la casa.

Cuando fui por primera vez al campo, a ese campo, claro, porque la familia de mi papá era de un pueblo al norte de Cundinamarca y primero conocí ese otro campo tan diferente, casi no puedo dormir pensando en todas las historias que habían pasado antes en

esa casa. No entendía cómo la misma tía abuela que yo veía como una sobreviviente de algo tan extremo, pudiera estar tan tranquila de regreso en ese Amityville tolimense, cerca de Chaparral.

Así que desde muy pequeño oí este tipo de historias. Y era curioso que nunca tratara de esquivarlas. Nunca le pedí a ninguno de mis tíos o primos que dejaran de contarlas, ni fui a sentarme a otra parte. Tan pronto comenzaba alguno a echar un cuento de estos yo me asustaba, me inquietaba y me ponía a oírlo súper atento.

Y claro, luego, a la hora de acostarme, venía el miedo, la necesidad de hablar con alguien, de dejar la luz prendida, la imposibilidad de dormir.

Como un adicto, cuando venía la próxima historia aterradora, estaba ahí mismo listo para oírla.

Y con el mismo interés recibí la descarga esotérica ocultista brujeril que en esa época se puso de moda.

Eran los tiempos del esoterismo pop.

Esoterismo urbano de masas, digamos.

El saber oculto dejó de transmitirse directamente, a través de un linaje de maestros cuyo árbol genealógico podía remontarse hasta Nicolás Flamel, Paracelso o el mismísimo Hermes Trismegisto. Ahora se había democratizado. Los antiguos tratados de magia y alquimia o sus síntesis modernas más exigentes, los libros visionarios, los documentos secretos dieron paso a una literatura menos exigente. Nada exigente, más bien. ¿Para qué internarse en las tenebrosas noches de algún pueblo perdido de la Europa oriental cuando uno podía comprar tratados de alquimia editados por Plaza & Janés? ¿A cuento de qué arriesgar la salud mental y física entrevistándose con alguno de los últimos contactados por el conde de Saint Germain, si uno podía comprar los libros de Conny Méndez, que no sólo escribió

sobre metafísica sino sobre el mágico conde? Del viaje al Tíbet, ni hablar: por esa época ya llevaba sus buenos veinte años en manos de la República Popular China, pero precisamente para eso estaban los libros de Lobsang Rampa, con la ventaja de que no había que convertirse en lama y hacer un largo camino de aprendizaje. Cada entrega revelaba un nuevo secreto, una nueva aventura. No exenta de riesgo, eso sí. ¿Cuántas trepanaciones caseras habrán intentado los lectores entusiastas de *El tercer ojo*?

Un ocultismo autodidacta, democrático, sí, pero un tanto light.

Un ocultismo a domicilio, de catálogo. Distribuido a la puerta de la casa cada tres meses y pagadero en cuotas mensuales por el Círculo de Lectores.

O sea, lo opuesto por definición de *oculto*.

En mi casa estaba *El triángulo de las Bermudas*, junto con un libro sobre el poder de las pirámides y algunos clásicos del Hare Krishna, de una época en que mis papás habían hecho yoga, pero no mucho más.

Uno de mis tíos, en cambio, tenía libros sobre tarot y clarividencia, la serie completa de Lobsang Rampa, el *Manual de experimentos parapsíquicos*, con juego de cartas Zener incluido y, por supuesto, *El retorno de los brujos*. Pero era de la escuela del ver y no tocar se llama respetar. Cuando se decidió a prestármelos, años después, yo ya me había iniciado en las prácticas esotéricas a través de Adelita, mi maestra en esas artes.

Se llamaba Adela y era la esposa de uno de mis tíos.

Mi tía política, aunque nunca le dijimos tía Adela, sino Adelita. Ella, mi tío y sus hijos llevaban varios años viviendo en Manizales. Estaban de regreso por asuntos de trabajo de mi tío. Ella se había adelantado, un par de meses antes del traslado, para terminar de arreglar la casa que recién habían comprado en Bogotá. Las primeras semanas las pasaron en mi casa y

después de instalarse, ella y Jorge, el menor de mis primos, más o menos de mi edad, nos siguieron visitando todo el tiempo. Al mayor, en cambio, casi no lo volvimos a ver.

Desde los primeros días fue claro que Adelita andaba en la onda esotérica. No permitía que una vela se apagara soplando, sino que tenía que ser con los dedos. Cambió la orientación de la cabecera de su cama. En las tardes prendía incienso y velas en su habitación para meditar acompañada de unos cánticos supuestamente tibetanos que tenía grabados en un casete. Cuando entró en confianza nos contó que con «sus amigas de Manizales» practicaban viajes astrales, telepatía, telequinesis y, a veces, lectura de cartas. Esto último sólo a veces, porque «eso es como de brujas» y ellas lo hacían de una manera diferente, «más metafísica».

En la tienda vendían unas gomas rectangulares que traían cartas de la baraja española. Minicartas del tamaño de una caja de fósforos. Mi hermana, mi hermano y yo las coleccionábamos y nos inventábamos juegos con ellas. Había un montón repetidas y creo que no lográbamos armar un naípe entero a pesar de tener tantas. Se las mostré a Adelita y le pregunté si esas cartas servían y le dio risa, pero me explicó muy seria que no cualquier paquete de cartas servía y que, además, a estas les faltaban los arcanos mayores y que, para rematar, los niños no podían leer las cartas porque era peligroso.

Nunca me dijo cuál era el peligro, pero el hecho fue que la cartomancia «más metafísica» quedó descartada.

Pero había otras cosas que no eran peligrosas.

Y así, mi iniciación en estos rituales milenarios fue el viaje astral.

Intentar el viaje astral, aclaro.

Usted tiene que hacer esto de noche o, si lo va a hacer de día, tiene que poder oscurecer la habitación. Después pone una vela en la mesa de noche y se acuesta en su cama.

Cierra los ojos y piensa en el lugar al que quiere ir y después lo dice en voz alta. Luego visualiza una pirámide, mientras que mentalmente cuenta de para atrás desde el número 174 y cuando llega al cero, repite tres veces en voz alta «Faraón, Faraón, Faraón» y trata de dar un salto en la cama, pero sin moverse, ¿si entiende?

*yo, claramente, no entendía cómo era eso de dar un salto, pero sin moverse
mejor dicho, usted hace toda la fuerza de moverse,
tensa los músculos y eso, trata de hacer el movimiento, pero justo cuando va a hacerlo se queda quieto y lo hace como por dentro. También puede tratar de sentarse, en vez de dar el salto. Dicen que es más suave, pero toca tener más práctica. Y entonces, si usted practica y se concentra, su cuerpo astral sale*

¿y qué hace uno después?, ¿él se mueve solo o qué?

y se va directamente al sitio que usted había dicho al comienzo. Lo importante es que esté tranquilo, usted se va a mover según su voluntad, llegando instantáneamente a donde quiera. Al comienzo la gente va de un lado para otro hasta que aprende a controlar el viaje un poco mejor

¿y cómo hace uno para volver? ¿cómo se mete adentro del cuerpo otra vez?

es que el cuerpo astral queda unido al cuerpo físico por el cordón de plata ... si uno se siente perdido le da un tirón suave e inmediatamente vuelve al cuerpo ... y si alguien se acerca a donde está el cuerpo, inmediatamente uno regresa ... no, el cordón de plata sólo se rompe cuando uno muere ... no no se rompe así no más

¿y si alguien se mete dentro del cuerpo de uno?

no, no es posible ... es súper seguro ... si hasta mis hijos lo han intentado ... Jorge, cuéntales ... Pues yo hago como mi mamá está diciendo, casi siempre pienso en Disneyworld, porque me gustaría mucho ir allá, y lo digo y pienso en las pirámides y eso ... y ya varias veces,

cuando llega el momento del salto, he sentido que casi lo logro, que ya casi va a salir el astral ...

La hora preferida de Adelita para echarse estos rollos era en el momento de tomar onces, cuando mi mamá llegaba del trabajo y nos preparaba alguna cosa de comer. Ella le ayudaba y mientras se tomaba su chocolate o se comía un pedazo de mantecada, le entraba por contarnos de sus pasos esotéricos. Mi papá rara vez estaba en la casa a esa hora y a mi mamá el tema no le molestaba, aunque después de dejarla hablar un rato nos preguntaba por las tareas del colegio y al levantarnos de la mesa nos mandaba a hacerlas. Yo nunca las hacía, me ponía a leer otras cosas, a ver televisión con mis hermanos o, desde que Jorge estaba en la casa, salíamos a armar y desarmar cerros de arena con los materiales de una obra que estaba haciendo el vecino de enfrente en su antejardín hasta que salía a reclamarnos y nos tocaba dejarlo.

Fue con Jorge y con mi hermana que aprendí a montar en bicicleta, pero eso fue años después. Cuando ya había dejado el esoterismo y esas cosas.

A veces mi papá llegaba a la casa a la hora de las onces. Le preguntaba a mi mamá por cosas del trabajo y ella le contaba con detalle. Una tarde, mientras Adelita hablaba de la *Percepción Extra Sensorial*, él se cansó de todo este rollo y quizá temiendo que mis hermanos y yo nos lo tomáramos muy en serio, comenzó a preguntarle varias cosas, con mala intención.

«¿Y a dónde has ido en tus viajes astrales?»

«¿Y quién te enseñó todo esto?»

Y así otras veinte más hasta la última:

«¿Y si puedes comunicarte por telepatía con mi hermano, por qué no te ahorras lo de las llamadas a Manizales?»

Ella había tratado de contestar a las otras, pero esto ya era un golpe bajo y Adelita apenas lo miró con aire de reproche y se quedó en silencio.

Las otras respuestas habían sido un poco esquivas. Había ido «por ahí», lo que luego entendí que significaba *a ninguna parte* y todo lo había aprendido «con mis amigas de allá», siendo allá Manizales o Barranquilla o Bucaramanga, los lugares en los que había vivido con mi tío antes del traslado a Bogotá.

Mi papá había tratado de desacreditarla con sus preguntas. Quería mostrarle a ella o quizá a nosotros, sus hijos, que todo esto era ridículo.

Pero era muy tarde ya. Yo había decidido que tenía que lograr el viaje astral.

Lo intenté durante varios meses. Ahora compartía mi cuarto con Jorge, mi primo, y ya no había guerras ni espionajes ni acechanzas. Víctor, ahora sin las gallinas y castigado desde la caída, no se asomaba por la terraza de la Torre Moreno, y la vecina reginista mantenía siempre sus cortinas cerradas, desde un día en que Adelita había estado tratando de ponerle charla esotérica desde la ventana de mi cuarto. Adelita creía que los reginistas eran reclutables para su camino, eran, simplemente, personas confundidas que habían escogido mal su gurú.

A mi hermano, que ahora dormía en el cuarto de mis papás, le había entrado por el furor constructor, así que las fichas que antes habían sido misiles y rampas de lanzamiento ahora eran precarios rascacielos que uno podía encontrarse en cualquier lugar, tambaleantes, amenazando con caerse al menor roce. Mi hermana compartía su habitación con Adelita, pero estaba más interesada en hablar por teléfono con sus amigas y en oír música en su grabadora, que en los viajes astrales y la lectura del pensamiento. Así que mi cuarto era el lugar apropiado para los nuevos experimentos.

La primera vez estaba un poco nervioso. Cerré los ojos y pensé en la casa de mi abuela en el Tolima, no quería que mi primer viaje astral fuera a algún lugar desconocido. Me daba miedo terminar quién sabe dónde. Así que me concentré en la casa, visualicé los árboles, el limonero, el mango, el anón, la alberca gigante del patio, la cocina fuera de la casa. Después imaginé la pirámide de Keops. Justo antes había estado mirando una foto en *Lugares Maravillosos*, un tomo de la enciclopedia infantil que teníamos en la casa. Y comencé el conteo regresivo desde el 174. No es tan fácil, uno tiende a pensar en otras cosas que no tienen nada que ver, pero igual logré hacerlo sin distraerme demasiado. Con gran solemnidad dije «Faraón, Faraón, Faraón», tensioné mi cuerpo todo lo que pude y traté de saltar sin saltar, de moverme sin moverme para desprender el astral.

No pasó nada.

No pasó nada ni la primera vez, ni la segunda, ni la tercera.

Por allá la octava, me dio un calambre en una pierna.

Vigésima segunda, vigésima tercera, nada.

Trigésima quinta: ya me habían dado un par de calambres, mareo en otras ocasiones, pero nada.

Desde la quinta, había cambiado de destino, pensando que de pronto eso podía ayudar. Escogí montones de sitios de *Lugares Maravillosos*, pero no sirvió de mucho.

Adelita y Jorge sólo decían que había que seguir intentado.

Mi hermano me construyó una pirámide súper chueca de estralandia para apoyarme.

Mi hermana se burló un poco, no mucho. Creo que en el fondo creía que lo podía lograr.

Mis papás no se enteraron del nuevo camino que había emprendido.

La vecina reginista tampoco, claro, pero un día me entró la duda. ¿Y si la vecina viajaba astralmente? ¿Si los reginistas tenían una técnica más efectiva?

Adelita, al final, admitió que nunca había podido salir de su cuerpo. «Pero varias veces he estado a punto».

Cuando, dos meses después de haber llegado, les entregaron su casa y se trastearon, dejé de intentarlo. A los pocos días llegó mi tío, con un camión lleno de las cosas que ellos tenían en Manizales. Pasé varias tardes ayudándole a Jorge a organizar las cosas de su habitación. Sin la insistencia de Adelita, nuestra conversación se hizo más terrestre. Hablábamos de mi colegio al que él también iba a entrar, de la bicicleta que mi tío le tenía prometida para el cumpleaños, de las películas para mayores de doce años a las que él se había colado sin problema en Manizales, pero a las que en Bogotá no había manera de entrar.

No fue el final de mi paso por las artes oscuras, pero vino una pausa.

Luego, años después, mi tío, el de la *biblioteca oscura*, me regaló *El retorno de los brujos*, el clásico de Louis Pauwels y Jacques Bergier, que devoré como si fuera una novela. Tal vez sea, de hecho, una novela. Se emocionó tanto al ver que yo ya iba por la mitad de semejante mamotreto que él había leído a saltos, que me hizo un regalo más extremo, *Las moradas filosofales*, de Fulcanelli.

No pude con él.

No inicialmente.

Y cuando pude, quise ser alquimista, desentrañar los secretos de la piedra filosofal y todas las transmutaciones. Me puse un nombre secreto para iniciar la obra. Nunca fui más allá de este paso.

Mi orden secreta alquímica duró apenas un par de meses.

No tuve atamor, matraces y metales en un sótano.

Sólo dos tubos de ensayo con tapa de corcho.

Pero eso fue después.

Con el esoterismo me había ido mejor que con las historias de brujería. A fin de cuentas, nunca se me espantó el sueño por estar visualizando pirámides.

EDUCACIÓN

Las cosas que me interesaban eran ensoñaciones.

Como contrapeso existía el colegio. Real, diurno, obligatorio.

Aunque la verdad es que al comienzo no me enteraba de mucho.

Fui mejorando. Cuestión de práctica, supongo.

Aunque le diga *el colegio*, fueron varios.

El primero lo padecí.

Mis papás me inscribieron en el mismo sitio en el que estudiaba mi hermana, pero a los pocos meses me retiraron. Al parecer, yo no hacía nada. Me limitaba a llorar en silencio toda la mañana. Así que se les ablandó el corazón y me liberaron de la tortura, pero no desistieron de su macabro proyecto. Era un hecho que yo debía educarme.

Encontraron un lugar pequeño, muy tranquilo, que funcionaba en una casa vieja en Quinta Paredes. Me recogían en un carro negro, un Ford de otros tiempos, en el que iba con otros seis niños. En el colegio había un perro, Max, un pastor alemán.

A veces, cuando la dueña manejaba el carro, Max viajaba con nosotros.

Me fue mejor en el nuevo colegio. Éramos pocos, y jugábamos con Max en los descansos. Y me gustaban las historias de la dueña, una anciana extranjera que llevaba muchos años viviendo en Bogotá, y que, aparte de conducir ocasionalmente el carro, era también la rectora, la administradora y la maestra de ciencias naturales. En clase, en el carro, en los descansos, hablaba todo el tiempo de la Sabana de Bogotá, de sus ríos y lagunas, de sus orquídeas y venados, que los conquistadores habían visto sorprendidos al llegar acá. Tenía, además, una pasión absoluta por la historia de Niklaus Federmann, el único tema que

la distraía de las ciencias naturales. «Nada queda de ese mundo», repetía. Los humedales estaban secos o llenos de basura, las orquídeas sólo se encontraban en los viveros, los últimos venados habían dejado la Sabana hacía años y su amado Federmann era Federmán, con su apellido castellanizado y convertido en nombre de barrio residencial.

Hablaba de estas cosas como si las hubiera vivido y los más grandes del colegio decían que ella había llegado a estas tierras acompañando al viejo conquistador.

Claro, eso significaba que tendría alrededor de quinientos años.

A mí no me resultaba increíble.

Un día nos dio a todos los estudiantes una charla sobre la fundación de Bogotá.

Éramos pocos. El patio de la casa era cubierto y daba una luz un tanto verdosa. Era donde pasábamos el descanso y tomábamos onces. Ella llegó, se sentó en una esquina y nos hizo sentar junto a ella. Tenía un libro en la mano, viejo, desgastado, en alemán. Nos dijo que pronto sería el aniversario de la ciudad y que seguramente en las clases ya habríamos estudiado la historia de los tres conquistadores. Nos mostró unas láminas en las que aparecían Jiménez de Quesada, Belalcázar y Federmán.

Abrió el libro y nos leyó durante unos minutos.

Hablaba de una travesía. Un grupo de hombres subía una montaña entre la niebla, sintiéndose cada vez más ahogados, más perdidos. Veían unas plantas extrañas, desconocidas para ellos, que parecían fantasmas, hombres con tocados en la cabeza observándolos en silencio. Otras, que parecían la tapicería de una silla y que eran firmes al tacto, pero que estaban llenas de agua que escurría con sólo presionar un poco. En un momento en que el cielo se despejó un poco, vieron correr a lo lejos a una criatura salvaje, enorme, de color negro.

Detuvo su lectura. «Era un oso», nos explicó. «Eran muy comunes por acá». Y volvió a explicarnos que nada quedaba ya de aquel mundo en el que a veces parecía que ella misma seguía viviendo.

En noviembre, sin que nadie se lo esperara, la anciana que amaba a Max, a Nikolaus Federmann, a los insectos y las flores, anunció que cerraba el mini colegio. Había decidido volver a su país. La felicidad de los viajes con Max y la nostalgia prehispanica de la rectora apenas duró un año.

Yo debía continuar con mi educación. Era una gran ventaja, además, que había dejado la costumbre de llorar durante toda la jornada escolar. Así que el siguiente turno fue para un colegio más grande, más convencional, menos caro.

Un colegio de curas gigantesco. Ahí terminé la primaria.

Mi hermana se había pasado a un colegio de monjas.

Mi hermano entró a un jardín.

A mi hermana la recogía un bus a la madrugada en medio de la oscuridad y el frío. Luego, cuando ya aclaraba un poco, era mi turno. Mi hermano era el último.

En el nuevo colegio había un bosque, una larga hilera de pinos seguida por una serie de eucaliptos altísimos, que bordeaban las canchas de fútbol. Claro, un bosque no es una cinta rectangular de árboles alrededor de un campo deportivo, pero esa precisión poco nos importaba, así como que el patio azul, un rincón del edificio de primaria, con un jardín en la mitad y el despacho de la enfermería en un costado, no fuera un patio ni de color azul. Y la cancha de básquet no era el paredón, el auditorio no era el Olympia y así sucesivamente.

Tenían esos nombres desde antes de que el colegio se construyera, creo. Cada grupo nuevo de estudiantes los aprendía y a nadie se le habría ocurrido cambiarlos. Cuando entré, en segundo, ya todos estaban al tanto y tuve que hacer un curso acelerado de geografía escolar.

Recuerdo el horror del primer día en el primer colegio. También recuerdo la alegría de ir en el carro con Max en las primeras semanas en el segundo colegio. De mi llegada al tercero lo que recuerdo es que, después de unos días solitarios, fui reclutado por Ávila para hacer parte de su grupo. Creo que se fijó en mí porque viajábamos en la misma ruta.

El salón estaba atravesado por una compleja red de clanes y alianzas, difícil de comprender al comienzo. Y aunque se podía sobrevivir solo, no era lo más recomendable.

Los clanes se regían por tres reglas básicas.

Había un líder. Mandaba. La obediencia no era ciega, pero casi.

No se podía cambiar de grupo. En la práctica sí se podía, pero lograrlo era difícil. Se requería fortaleza y buena suerte. Pocos lo intentaban.

No había grupos mixtos. Los niños y las niñas no nos peleábamos todavía, pero, precisamente por eso, no nos habíamos reconciliado aún. Faltaban años para lo uno y lo otro. Estábamos juntos sin problemas en las horas de clase, pero en los momentos de recreo la segregación era total.

Pertenecer a un grupo implicaba realizar labores de patrullaje escolar en los recreos. Los pequeños clanes recorrían una y otra vez las distintas zonas del colegio. No había miradas recelosas, ni peleas, ni nada de ese estilo. Pero los largos recorridos se hacían únicamente con el círculo al que uno pertenecía. El día que Ávila me dijo que me fuera con él, Cárdenas y Zarama a dar una vuelta a la cancha de fútbol se oficializó mi ingreso en su grupo. La estructura de poder era clara. Ávila era el jefe, el más charlador, el que siempre decía qué

había que hacer y cómo. Cárdenas era su amigo desde antes del colegio, el único que a veces le llevaba la contraria, pero no permitía que los demás lo hiciéramos, Zarama era nuestra cuota de fuerza bruta, necesaria en esos tiempos. No sé bien qué pintaba yo ahí. Cuando Jorge, mi primo de Manizales, entró al colegio y se unió a mi grupo de amigos, mi pertenencia al clan quedó consolidada.

Así conocí las canchas de fútbol, los árboles a los que se podía subir y los que no, los pasillos cubiertos, los descampados atrás del edificio principal y el patio azul. Aprendí los nombres de los salones, dónde había rotos en el enmallado. Me llevaron a *las piedras*, el único sitio con un nombre que describía su realidad material. A veces jugábamos al mapa del tesoro: cada uno escondía parte de sus onces en algún lugar del colegio y luego, entre todos, íbamos siguiendo las indicaciones trazadas en un papel para recuperarlas. Mapas con instrucciones del tipo «párese en la puerta del Olympia, gire a la derecha y camine cincuenta pasos».

Lo que más me gustaba era ir al patio azul, en donde los estudiantes de toda la primaria intercambiaban cómics, revistas y algunos juguetes. Ávila, que era más de andar en espacios abiertos, condescendía a veces a pasar un descanso ahí, pero a los otros dos no les sonaba tanto el plan. Mi salvación fue Marín, miembro oficial del clan Zuluaga, que también prefería el patio azul al patrullaje. Nos convertimos en disidentes de medio tiempo. Pasábamos un recreo con nuestras respectivas pandillas y uno con los aficionados a las historietas. Ni se nos ocurrió pensar en que podríamos haber creado un nuevo clan, estábamos demasiado ocupados canjeando historietas y comentando todos sus detalles hasta el agotamiento como para pensar en alterar un orden social que aceptábamos sin discutir. Y, sin embargo, al convertirnos en amigos nos librábamos, poco a poco, de sus limitaciones.

SUPERMÁN Y EL PEQUEÑO GUARDIA ROJO

Con los años, me gustó la literatura.

Pero primero fueron los libros, sin discriminación: enciclopedias, libros de texto, ilustrados, manuales de contabilidad, textos de enfermería, comics, colecciones de cuentos. Pasaba horas mirándolos, leyéndolos, curioseando en uno y otro. Mis papás eran eclécticos y sólo había dos cosas que no compraban: las tiras cómicas, porque según ellos bastaba con las del periódico de los domingos, que en esas épocas traía bastantes, y las revistas de farándula. Y, sin embargo, en un revistero en la sala había un surtido de *Vanidades* que, misteriosamente, se renovaba lenta y silenciosamente, a un ritmo casi imperceptible pero constante. Teníamos, además, un tío con quién sabe qué conexiones maoístas, que iba seguido a la casa y nos regalaba lianhuanhua, cómics chinos, junto con ejemplares sueltos de *China Reconstruye* que terminaban entremezclados en el mismo revistero, en una cohabitación que, vista en retrospectiva, presagiaba la futura homogeneización de todos los sistemas políticos.

En medio de esa promiscuidad, donde un ejemplar de *Sputnik* podía tener de vecino uno de *Selecciones* sin ningún problema, yo leía de todo, a saltos, pero lo que más me gustaban eran los cómics. Tenían algo curioso, además: los personajes leían. Siempre había un momento de la historia en el que el consejo de los libros era fundamental y la historia se detenía mientras un maestro, un soldado o un anciano los consultaban y compartían sus enseñanzas.

En mi casa a los cómics, historietas, tiras cómicas, les decíamos *aventuras*. Creo que la costumbre venía de la familia de mi mamá y mi tío jamás dijo, al entregarnos un libro de

historietas, que nos traía una historieta. Mi primo Jorge, al que Adelita le compraba *Batman* y *El hombre araña*, les decía *paquitos* y desde que se había mudado, me había dejado de nuevo a merced de mi tío y sus aventuras chinas, que igual devoraba con entusiasmo cada que traía una nueva.

Recuerdo dos especialmente, *Guerra de minas* y *El pequeño Guardia Rojo*.

Guerra de minas contaba cómo, durante la invasión japonesa, los campesinos de una provincia se enfrentan al imperialista japonés y su aliado local, el boquitorcido Chui, un comerciante local avaro e inescrupuloso. Cada página tenía una sola ilustración, en blanco y negro, llena de detalles, y la acción se contaba en largos textos al pie. Explotados, violentados, los campesinos se organizan para resistir. El líder es un joven cuya hermana menor es pretendida por el boquitorcido Chui, que cuenta con el apoyo del imperialista japonés para obligarla a casarse con él. En las reuniones para conspirar, el joven saca una pistola y dice que matará al pretendiente, pero sus amigos lo calman. Es cierto que es un problema personal, pero es importante actuar en grupo. Deciden retirarse a sus granjas y encontrar la manera de que el imperialista japonés no pueda llegar hasta allá para quitarles la cosecha, el grano que siembran. «Pero ellos tienen armas y vehículos de motor», objeta alguno. El maestro de la escuela pide la palabra. Tiene un plan. Los vehículos de motor no podrán pasar si siembran los caminos de minas. «Sí, pero ¿y nosotros? ¿Cómo vamos a andar?». El maestro se retira sus anteojos y sonríe. «Pondremos marcas en el camino. Desde nuestras carretas nos será muy fácil verlas». Y el resto de la historia va de eso, de cómo los invasores caen y caen en las minas y como los locales refinan y refinan el minado. El boquitorcido Chui rabia a morir, ha perdido dinero porque los campesinos ya no comercian con él y su proyecto matrimonial ha fracasado y el imperialista japonés, que también está poseído por la rabia, comienza a dudar del valor de su colaboración. Mientras tanto, el joven

de la pistola celebra, el movimiento se hace más grande y un día el mismísimo imperialista japonés cae en una mina y queda malherido. Es enviado de regreso a su país, pero antes de irse despoja, por inepto, de todos sus privilegios al boquitorcido Chui, que termina mendigando en el mercado del que antes era amo y señor. Los campesinos vuelven a pueblo y celebran, el joven de la pistola camina con su hermana hasta el puerto. El maestro de escuela da un discurso en el que invita a los campesinos a prepararse para el regreso del imperialista japonés. Y así termina.

La otra, *El pequeño Guardia Rojo*, era un poco diferente. También de a dibujo por página, pero en un formato más pequeño y a color, más moderna. El pequeño Guardia Rojo es el menor de su clase en la escuela y algunos de sus compañeros lo hacen a un lado por eso. Pero él quiere demostrar que es fuerte y que, además, ha asimilado las enseñanzas que constantemente imparte el maestro. Viste con orgullo su pañoleta roja y quiere ser tan valiente como su hermano, miembro del ejército rojo. Todo era muy rojo en la historia. El pequeño Guardia Rojo vive en una casa en el campo, junto con su abuela y sus padres. Todos los días, al regresar de la escuela, recoge encomiendas y paquetes que reparte a los ancianos que viven por el camino que conduce a su hogar. Un día la vieja señora Heng le pide que le ayude a encontrar a su caballo, que se ha perdido en la montaña. Juntos caminan durante horas, hasta que encuentran al animal, herido en una pata y tendido al lado del camino sin poder moverse. Los dos limpian y curan al caballo lo mejor que pueden, pero es claro que no podrá moverse por sí solo, así que la anciana decide volver a su casa por ayuda y le pide que la espere, cuidando de que el caballo esté tranquilo. El pequeño Guardia Rojo estrecha la mano de la anciana y promete solemnemente que hará lo que ella le pide. La mujer acaricia su cabeza y parte de regreso a casa. Pero ocurre lo imprevisto: tan pronto ella y su vecino están listos en una carreta para ir a buscarlos, se desata una tormenta eléctrica. El camino se

encharca y la carreta queda atrapada. Anochece. El pequeño Guardia Rojo ha cumplido su trabajo ejemplarmente: le ha traído agua y algo de hierba al caballo. Le acaricia el lomo y le repite que esté tranquilo. A medida que oscurece, comprende que la espera será más larga de lo esperado. «Seré valiente. Si es necesario pasar la noche completa en la montaña, lo haré. Estarás orgulloso de mí, Hermano Mayor». La noche es terrible. Aparte de la tormenta y el frío, hay criaturas acechándolos. El pequeño Guardia Rojo, recordando las enseñanzas del maestro de escuela, logra encender una fogata al abrigo de una roca. Pasan muchas cosas, pero él nunca pierde la moral. Hasta que un lobo, que ha estado rondando, se aparece frente a él, amenazándolo con sus fauces. El pequeño Guardia Rojo enciende una rama y mantiene alejado al lobo que intenta acercarse una y otra vez, hasta que, finalmente, se da por vencido. Amanece. Los habitantes del pueblo han conseguido desatascar la carreta y llegan, ansiosos a rescatar al muchacho. Lo encuentran dormido, abrazando al caballo, con los restos de la hoguera humeando y las huellas del acecho del lobo alrededor. Aliviados, lo alzan en sus brazos, le ofrecen una taza de té y lo acomodan en la carreta, junto al animal. Al llegar a casa, su familia, incluido su hermano, lo está esperando. Es el primero en felicitarlo. «Has sido muy fuerte, Hermano Menor». Todos celebran. La última página es una imagen del pequeño Guardia Rojo, parado en la montaña, con su pañoleta ondeando al viento, con una lanza en una mano y saludando, con la otra, a su hermano que se aleja para volver a la guarnición en la que sirve.

Todo mi universo gráfico habría seguido así, entre los uniformes verde oliva y los pañuelos rojos y la historia de la ocupación japonesa, de no haber sido por los paquitos de mi primo Jorge y la red de canje del patio azul. En esa esquina del colegio se reunían durante la hora del recreo los aficionados a intercambiar historietas. Sólo había dos reglas: el trueque duraba hasta que el timbre llamara a clases, momento en el que había que devolver todo a

sus dueños, y no estaba permitido salir del patio con historietas ajenas. Los pasillos del patio, que tenían unas bancas de madera viejísimas, eran una especie de biblioteca al aire libre. No existía, por supuesto, ninguna consistencia ideológica. Estaban los típicos súper héroes gringos, *Batman*, *Supermán*, *El hombre araña* al lado de los locales, con *Kalimán* a la cabeza, que por esos tiempos no sólo era cómic, sino radionovela. Durante un tiempo viví un periodo de gloria, con préstamo preferencial de historietas, porque mis compañeros se enteraron de que en mi barrio vivía el actor que hacía la voz de *Kalimán* en la radio. En su antejardín tenía una lancha, de poca utilidad en esta sabana en la que se desecaron todos los humedales hace tanto tiempo y era una especie de ritual barrial decir «mire la lancha de *Kalimán*» cuando pasábamos frente a la casa. Les conté de la casa, enorme, y de la lancha, que no parecía ser capaz de flotar, cosa que fascinó a mis compañeros, pero me faltó imaginación: confesé que sólo lo había visto de pasada una vez y que no tenía los ojos de ese extraño azul cristalino de las historietas. Hasta ahí llegó el trato preferencial, se dictaminó que mi *Kalimán* no era el verdadero y tuve suerte de que no me vetaran en las sesiones de intercambio.

El valor de intercambio de los cómics se regía por leyes claras de oferta y demanda. Dentro de los más apetecidos estaban *Supermán*, *Batman*, *Condorito*, *Kalimán* y *El Santo*, que no era cómic sino fotonovela. En el segundo nivel, estaba *Memín*, con ese color sepia que nunca me gustó, *Tarzán*, *Tío Rico*, *El Pato Donald* y otros de ese estilo. En la base estaban *Tukano*, *Rarotonga*, *Águila Solitaria* y otros, también populares, pero menos apetecidos por nuestra comunidad. Había unos inclasificables, que al entrar al mercado eran muy valiosos, pero que se depreciaban rápido, como la revista *Duda*, «donde lo increíble es la verdad», una revista extraña, mitad cómic, mitad texto, sobre todo tipo de cosas misteriosas: ovnis, monstruos, sectas. Los míos, *Guerra de minas*, *El pequeño Guardia Rojo*

y los otros que llevé quedaron en esa categoría. Despertaron algún interés los primeros días y luego nadie quería mirarlos. Al final dejé de llevarlos al colegio.

Y me habría quedado al margen del trueque, si en el patio azul no se hubiera puesto de moda el ViewMaster.

Alguien llevó uno, con dos juegos de discos, y fue la sensación: llegaron a ofrecerle hasta tres cómics nivel uno con tal de ver por el estereoscopio.

Yo estaba sentado sobre una mina de oro y no lo sabía.

Mis papás nos habían comprado un ViewMaster ya hacía un tiempo y los discos proliferaban en mi casa. A mi mamá le gustaban y nos compraba discos con cierta frecuencia. Nos llevaba de todo: cuentos de hadas, historias de Disney, paisajes, ciudades, series de televisión. Gracias a esto, Marín y yo fuimos durante un tiempo los reyes del patio azul.

Leímos todo lo que quisimos.

Lentamente, fueron llegando más visores, más discos. Perdimos el monopolio, pero tuvimos suerte: el mercado se estabilizó y los discos quedaron homologados como nivel uno.

No volvimos a tener problemas para canjear, mi suministro de discos era constante.

La obsesión de Marín por los cómics se hizo incurable. Un día me propuso que nos inventáramos un súper héroe y dibujáramos sus historias.

Dije que sí.

Mi primera propuesta fue que la historieta fuera sobre Carlos el Chacal.

Había pasado varios días mirando un libro que había en mi casa, sin entender mucho y saltándome páginas, *Terrorismo, la red internacional*, se llamaba y tenía en la portada la foto de un avión ardiendo en llamas. No entendía las complejas interacciones geopolíticas que describía, aparte de que las siglas eran misteriosas. OLP, IRA, RZ, RAF, ETA no me decían nada, pero Carlos, por el hecho de llamarse Carlos y por ser venezolano me resultaba

bastante cercano. Sentía admiración por él. En el libro aparecía y desaparecía constantemente en distintas ciudades y países. Era escurridizo, temerario, impredecible.

Marín no tenía ni idea de quién era el tal Chacal y cuando le expliqué me dijo que no, que ni de riesgos. Que no tenía poderes y por eso no era un súper héroe.

Insistí, pero Marín fue inflexible.

Quizá tenía razón.

Era noviembre. El año escolar terminó y no teníamos héroe para una historieta.

EL CHACAL Y LOS COMISARIOS

En las vacaciones decidí seguir adelante con las aventuras, así no tuviera ni un personaje que valiera la pena, ni una historia. Así fuera un dibujante bastante precario.

Mi hermano y yo habíamos dejado las guerras. Mi hermana estaba aprendiendo a jugar ajedrez y quería jugar con nosotros, pero nos faltaba disciplina. Yo lo intentaba un poco más que mi hermano, pero apenas jugaba un par de partidas y ya quería hacer otra cosa. Creo que el problema es que éramos dos principiantes sin nada qué enseñarle el uno al otro. Las partidas eran absurdas, largas, y ninguno tenía una noción clara de cómo rematar un juego.

Mi hermano se había vuelto radical, siempre quería hacer otra cosa, sin importar qué le propusiéramos.

Yo seguía pensando en mi cómic.

Después de darle muchas vueltas, decidí que lo que debía hacer era un híbrido humano/animal y no entiendo cómo llegué a la revelación de que mi héroe iba a ser una mezcla entre hombre y loro. El Hombre Loro. Busqué en un diccionario inglés—español y di con parrot, lo que me llevó a Parrotman, pero no estaba satisfecho. Tal vez porque sonaba mucho a copia de Batman. Lo pensé y lo escribí en un papel mil veces hasta que encontré una solución: Manparrot.

Manparrot, el hombre loro.

Esa iba a ser mi contribución al arte maravilloso de la narración gráfica.

Los poderes de Manparrot eran que tenía un pico muy poderoso con el que podía doblar el acero, unas plumas de colores que le permitían volar y, además, tenía la capacidad de hablar.

No me costó mucho tiempo de reflexión comprender que por ser *man* ya podía hablar, que no necesitaba la parte *parrot* para eso.

Casi abandono la idea, hasta que encontré una solución: Manparrot podía imitar perfectamente a cualquier persona.

Pero luego vinieron más problemas. ¿De qué le servía imitar a alguien si con solo verle las plumas se iba a saber que no era esa persona?

Mi solución fue sencilla. Manparrot haría sus imitaciones sólo por teléfono.

Para evitar que las dudas siguieran deteniendo el proyecto, decidí hacer una aventura de una vez, sin más vueltas.

Como era bastante malo dibujando, después de usar una regla para dividir la hoja en viñetas, decidí usarla también para dibujar. Manparrot era un cuadrado dividido en cuadrados más pequeños, las plumas, con un cuadrado encima, la cabeza, del cual se desprendía un triángulo, el pico. Lo puse en todas las viñetas, antes de saber qué historia iba a contar. Coloreé las plumas. Pasé un par de tardes en esto. Me encerraba en el cuarto. Mi hermano arrancaba a golpear la puerta hasta que me tocaba abrirle. A fin de cuentas, era su cuarto también. Le decía que estaba haciendo algo secreto y él decía que quería saber y yo le decía que entonces no sería secreto y así, hasta que terminábamos de pelea.

Manparrot, el hombre loro ya estaba diagramado y dibujado y yo seguía sin saber cuál era la historia que iba a contar. Tenía una página dividida en nueve cuadros, en cada uno estaba Manparrot dibujado y coloreado, estaba el espacio debajo de cada viñeta para poner el texto, pero ninguna de mis ideas me convencía y decidí abandonarlo.

Se lo mostré a mi hermano.

Le expliqué quién era Manparrot, cuáles sus poderes, pero no le dije que no tenía aún una historia.

Se entusiasmó un montón y se puso a dibujarlo.

Yo no le puse mucho cuidado al comienzo, pero cuando comenzó a mostrarme los dibujos, comprendí que mi hermano era el dibujante que Manparrot necesitaba.

Sabía que dibujaba, claro. El último año lo había visto pasar horas con sus lápices y sus crayolas, pero nunca me había detenido a mirar lo que hacía. Y era tremendo dibujante. Yo necesitaba encontrar aventuras para Manparrot. Urgentemente. Mi hermano me mostró unos dibujos del héroe. En uno volaba por el patio de la casa mientras nuestro perro lo perseguía. En otro doblaba la puerta de un carro con su pico. Comprendí que el problema era la falta de un enemigo. Sin un rival, Manparrot era una atracción de feria, una curiosidad, un monstruo, pero no un héroe.

En enero mis papás dedicaban un sábado a comprar los útiles y los libros de texto. Era un día feliz, íbamos a la feria escolar, que en el fondo eran varias. Cada supermercado organizaba la suya y el criterio de mis papás era simple, escogían la más grande. Pasábamos el día entero y al regresar a la casa, quitaban el mantel de la mesa, nos repartían a cada uno los libros y cuadernos que le correspondían e iniciábamos una larga sesión de forrado y plastificación que terminaba tarde en la noche. Estando en esas vi una hoja suelta dentro del libro de sociales de mi hermana. Era una fe de erratas y decía que en un mapa estaban cambiados dos nombres. Donde decía «Obando» debía decir «San José» y viceversa. Busqué la página, era un mapa de los Territorios Nacionales. Obando y San José resaltaban como capitales de las comisarías del Guainía y el Guaviare. Se podía seguir con el dedo el recorrido de un río que las unía. Era el capítulo final del libro, apenas unas páginas en las que, después del mapa, había un listado de las intendencias y comisarías del país, junto con algunos datos básicos de cada una: área, población, número de municipios, título del gobernante.

Eran cuatro intendencias y cinco comisarías.

Administradas, respectivamente, por cuatro intendentes y cinco comisarios.

Fue una revelación. Los comisarios no sólo vivían en el oeste, en *Bonanza* o *El gran Chaparral*.

Los comisarios vivían en las fronteras selváticas de Colombia

La idea vino algunos días después.

Dejar de lado a Manparrot por un rato. El cómic sería sobre dos comisarios persiguiendo al Chacal.

A mi hermano le gustó, aunque insistía en que Manparrot tenía que aparecer en algún momento. Tuve que ceder.

Mi hermano quería, además, ser uno de los comisarios.

Le dije que tenía que cambiarse el nombre y aceptó.

Al final, yo también quise ser un comisario.

La historia era muy sencilla. Tres personajes, mi hermano, yo y el Chacal.

Yo era el comisario del Guanía, me llamaba Pit y vivía en Obando. Usaba una estrella de sheriff roja, porque no había dorado ni plateado entre los colores que teníamos. Mi hermano era el comisario del Guaviare, se llamaba Pol y vivía en San José. Su estrella era anaranjada. Teníamos que capturar a Carlos el Chacal que venía en una lancha por el río Guaviare, viajando entre las dos capitales.

Mi hermano dibujó la lancha y me dio un ataque de risa cuando vi al Chacal. Era un hombre con cabeza de perro, una especie de Anubis selvático. Era culpa mía, le había dicho a mi hermano que un chacal era algo así como un perro. Dibujamos y trazamos cuadrículas varios días sin parar y al final teníamos diez páginas completas. Cada uno hizo cinco y luego

las unimos. Las de mi hermano, protagonizadas por Pol, contaban que recibía un telegrama en el que le ordenaban hacer una barricada, había oído la palabra viendo *Bonanza* y la usaba todo el tiempo, y él la hacía con unas lanchas en el río. Las mías contaban como perseguía al Chacal disparándole arponazos desde lejos. Me parecía que no podía usar revólver en ese río, que no correspondía. Ambos pintábamos a Pit y a Pol medio cuadrados, con sombrero en la cabeza y la estrella de comisario hecha con un color en el pecho.

 Mi hermano lo hacía a mano alzada. Yo con la regla.

 Habíamos reducido el diálogo al mínimo porque nos costaba mucho escribir claro y con letra pequeña. Mi hermana nos calcó en papel mantequilla el croquis de las dos comisarías, trazando el recorrido del río entre Obando y San José. Lo pusimos en el centro del cuadernillo, con marcas que señalaban el recorrido página a página.

 No logramos imaginar un final. No sabíamos muy bien qué iba a pasar cuando los dos comisarios acorralaran al fugitivo. ¿Un duelo? ¿Con arpones? ¿Con pistolas? ¿El Chacal iba a poner una bomba? Decidimos dejarlo para después y escribimos con kilométrico rojo un letrero en la última página que decía *continuará*. Mi mamá nos corrigió el Pit y el Pol por Pete y Paul, pero no le hicimos caso. Mi papá, que dibujaba muy bien, nos pintó una anaconda en la cartulina que usamos como carátula.

 Era la primera parte de las muchas aventuras que planeábamos hacer, contando las aventuras de Pit y Pol, comisarios del Guanía y el Guaviare. Y mi hermano insistía en que en la próxima, además, estaría Manparrot como invitado especial.

 Mi hermana dijo que era chévere. Mi papá y mi mamá nos felicitaron. Yo sabía que la prueba de fuego era el público del patio azul. Por fortuna faltaba poco para volver al colegio.

La llevé el primer día.

Todos querían leerla y que yo les explicara paso a paso la acción. Tenían muchas preguntas. Que quién era el tal Chacal, que por qué lo perseguíamos, que como así que había comisarios en Colombia, que si el Guanía era el oeste, que si en el río había o no pirañas. La acción, lo que nos habíamos pasado horas dibujando, como que no les atraía tanto. Y cuando llegó la prueba de fuego, intercambiar *Pit y Pol buscando al Chacal* por otro cómic, el fracaso fue total. Nadie, ni siquiera los que apenas tenían *Águila Solitaria* quiso hacer trato.

Todos querían que les contara la historia y echarles una mirada a los dibujos, pero ninguno estaba dispuesto a sacrificar un canje. Después de mucho insistir, decidí prestarla así no más. Circuló intensamente durante un par de días y todos decían que esperaban la siguiente parte, que ojalá saliera pronto, querían saber qué pasaba con la barricada y con los arpones. El *continuará* había hecho su magia.

No sabía si era un éxito o un fracaso. Marín, que la había leído de primero, decía que estaba chévere, pero que era mejor volver a llevar los discos de ViewMaster si queríamos seguir leyendo otros cómics. Ávila dijo que estaba chévere. Cárdenas y Zarama dijeron que estaba chévere. No preguntaron por la segunda parte. A Jorge le pareció medio boba, pero al final dijo que estaba chévere.

A mi hermano le importaban poco el patio azul, Ávila, Cárdenas o Zarama.

Quería arrancar con la segunda parte, pero no lográbamos ponernos de acuerdo.

Compartíamos una visión artística, pero luchábamos por el protagonismo. Ambos teníamos suficiente sentido del drama para saber que alguno de los dos comisarios debía morir. Pero ninguno quería que fuera el suyo. Yo le decía que Pol, comisario del Guaviare y encarnación artística de mi hermano, debía morir en la barricada, que era lo lógico, y que así

luego llegaría Pit, comisario del Guainía, para vengar su muerte capturando al Chacal. Lo que yo no sabía era si debían tirotearse o pelearse a golpes o a arponazos o ir a un duelo. Mi hermano no le dio tantas vueltas, qué lógica ni qué lógica, Pol no moriría y punto. Era a Pit al que le tocaba y punto. Peleamos y peleamos, sin ponernos de acuerdo. Así que decidimos que cada uno haría su versión, pero era mucho menos divertido así y ninguno pasó de la primera página. Además, yo no me sentía bien dibujando a Pol y lo mismo le pasaba a mi hermano con Pit.

Lo que terminó de hundir el proyecto fue una visita de mi tío el maoísta que pasó por la casa un día en el que estábamos tratando de ponernos de acuerdo otra vez y, al oírnos discutir tan intensamente acerca de Carlos el Chacal, nos preguntó qué pasaba. Le mostramos la primera parte de nuestra historieta. Se divirtió mucho leyéndola, pero luego nos preguntó por qué los dos comisarios querían atrapar al fugitivo.

«Porque es el malo», dijo mi hermano.

«Carlos es un fedayín», dijo mi tío. «Es puro cuento eso de que sea malo».

Y se largó con una explicación eterna e incomprensible sobre la historia de Palestina y la de Carlos, de la que solamente lo sacó la intervención de mi papá.

«Déjelos tranquilos con sus dibujos. Son aventuras y ya»

Mi tío no insistió mucho. Mi hermano ahora quería saber cómo eran los fedayines para poder dibujarlos. Se los imaginaba como unos gigantes del desierto.

La segunda parte de *Pit y Pol buscando al Chacal* comenzó a postergarse hasta que no hablamos más del asunto.

PEQUEÑA Y FRÁGIL

Tal vez adaptarse no sea otra cosa distinta que perderse dentro del tiempo. No recordar qué pasó antes y qué después, ni en qué año, ni en dónde. Envejecer como adaptación definitiva frente a la vida. No la desmemoria, sino una memoria que flota sobre las referencias concretas de tiempo y lugar, ignorándolas. Recuerdos que se hacen más esenciales al abandonar la ilusión de ser verdaderos.

Estuve en ese colegio de segundo a quinto.

Después del primer año todo el tiempo es un solo tiempo.

Ávila, Cárdenas, Zarama, Marín, Jorge.

El patio azul en segundo.

La cometa en quinto.

Aunque tal vez adaptarse sea algo más básico.

Yo tenía una lonchera metálica con la imagen de Pelé y el número 10.

No sabía nada de fútbol aún, mi papá la había escogido por mí.

Recién entré al colegio, antes de conocer a nadie, todas las mañanas me bajaba del bus e iba al salón, abría la lonchera y me comía las onces, sin esperar a la hora del recreo.

No me acuerdo cuando dejé de hacerlo.

Había un descampado enorme rodeado de árboles, con dos canchas de fútbol.

La principal tenía graderías en un costado.

Pasando los árboles, había dos canchas pequeñas, casi sin gramilla, con porterías sin mallas y sin bancas.

En cada salón se armaban tres equipos de fútbol. En el A, los duros, en el B, los que no eran tan buenos, en el C, los malos. Era obligatorio estar en alguno y participar en los torneos semestrales. La movilidad deportiva era mínima, casi nadie lograba ascender del equipo en el que quedaba el primer año de colegio.

Yo era del C. Suplente.

Ávila, Marín y Jorge, del B. Suplentes.

Cárdenas era suplente del A.

Zarama era titular del A. Un volante de marca aterrador.

El torneo A se jugaba en la cancha principal, el B en la auxiliar y el C en las destartaladas. No recuerdo mucho de mis torneos. Una cancha mal pintada, un arco sin malla, mis compañeros y yo jugando sin ganas y sin público. El torneo C terminaba súper rápido. Nuestra principal tarea era ir a hacerle barra al equipo A.

Mi curso ganó una vez el torneo A.

Alzamos en hombros a Zarama, aunque pesaba un montón.

Y a Fonseca, que había hecho el gol de la victoria.

Eso de alzar en hombros nos gustaba mucho. Una vez me alzaron a mí por ganar un concurso. Era el último día de clases antes de las vacaciones de fin de año y llegué tarde al Olympia, como le decíamos al auditorio del colegio, en donde se hacía un cierre de año con premios y reconocimientos.

Era un día cultural. Yo había entendido que todo terminaba con una feria de la ciencia. Estuve un rato mirando la exposición de un amigo, algo con unas semillas y me pidió que me encargara un rato del puesto. Me senté y a los pocos que preguntaron les repetí lo que decía en los carteles. Cada vez fue llegando menos y menos gente, hasta que al final me quedé solo, sentado detrás de la mesa en donde estaban organizadas las distintas semillas según su estadio de germinación. La feria era en uno de los patios interiores del colegio y no sé cuánto tiempo llevaba en esas cuando por uno de los pasillos pasó caminando un empleado de las oficinas que me preguntó qué hacía ahí. Cuando le expliqué que un amigo me había encargado su proyecto, me dijo que todos los estudiantes estaban en el auditorio, que mejor fuera para allá. En efecto, no había nadie en los pasillos, ni en los otros patios y cuando llegué al Olympia todos mis compañeros estaban ahí.

Me acomodé atrás, lejos de mis amigos. Siempre me ha gustado la penumbra de los teatros, más acentuada en las sillas de atrás, que hace brillar de manera especial lo que ocurre en la tarima. Estaban ya en la última tanda de premios y cuando me llamaron entre los ganadores del concurso de ortografía, estaba sinceramente sorprendido. Ni siquiera recordaba haber participado.

Subí a la tarima con los otros ganadores para recibir nuestro premio. Un libro para cada uno. El mío era *La vuelta al mundo en ochenta días*. Nos bajamos y terminó el año escolar. Era hora de irnos a la casa. En el salón, mientras recogía mis cosas, llegaron mis compañeros, dirigidos por Ávila, que me alzaron en hombros y celebraron mi triunfo. Este honor, reservado a los atletas, también me tomó por sorpresa.

El Olympia era el lugar de las cosas inesperadas.

En una ocasión el maestro de español subió a la tarima con un salvadoreño que estaba de viaje por toda Latinoamérica mostrando una película sobre la guerra que había en su país. No habló mucho, nos dijo que para él lo importante era proyectarla en la mayor parte de lugares posibles, casi siempre colegios y universidades, porque en muy pocas salas de cine comercial se lo permitían.

Se llamaba *El Salvador: el pueblo vencerá*.

Fue, por partes, aterradora y aburrida. Y extrañamente familiar.

Al comienzo, cuando se apagó la luz, comenzó lo de siempre cada que nos ponían una película. Gritos, chistes, papeles volando por el aire, que se calmaban rápidamente. Nos gustaban las películas, así que tampoco queríamos perdernos de nada. Casi siempre las que nos ponían eran ligeras, cómicas, así que estábamos predispuestos a reírnos.

Pero en esta película no había nada de qué reír.

Muertos, violencia, cadáveres degollados. Un horror que nos dejó a todos en un silencio profundo. Faltaban años para que yo supiera que acá habían pasado y seguían pasando cosas similares. Y que venían, ya mismo, a la vuelta de un par de años, cosas peores.

No todo era aterrador. Había largas discusiones, que no teníamos como comprender, entre militares y políticos de distintos partidos. Había un obispo asesinado. Y una secuencia en dibujos que contaba la historia de un hombre legendario que había luchado por El Salvador hacía mucho tiempo. Creo que para nosotros fue un alivio la parte de los dibujos, que tenía una música alegre, animada, feliz.

Y volvía lo aterrador, los combates en las calles y las montañas, más muertos, más sangre. Y los rebeldes que eran muy parecidos a los que salían en mis cómics chinos, con boina y pañoleta rojas, pero en una atmósfera menos iluminada, más sombría. La película

terminaba con un funeral. El muerto, un combatiente, había dejado un niño no mayor que nosotros y que era recibido en el FPL, para seguir el camino de su padre.

Encendieron las luces y permanecimos un rato en silencio. El salvadoreño contestó algunas preguntas.

Pasaron algunos días y el maestro de español pasó curso por curso una mañana explicando que él no había llevado a ningún guerrillero al colegio, que la película era un documento muy importante. Al parecer habían llegado muchas quejas de los padres.

A la semana siguiente lo habían reemplazado.

Me encantaba estar en vacaciones, pero estaba triste siempre la última semana de clases.

La luz era diferente, el sonido de las cosas, el aire, el tiempo.

Opaco, como con la luz contenida, adormilada, sin ganas de iluminar.

Tal vez me invento esto y los últimos días de clase eran luminosos. Tal vez superpongo al recuerdo los muchos meses de noviembre que he pasado en la misma ciudad, lluviosos, fríos, húmedos.

No lo sabía entonces, no conocía la palabra, pero cada fin de año era una suerte de duelo. Pasar segundo, tercero, cuarto era un alivio y al mismo tiempo una pérdida. Salir a vacaciones era dejar de ver a mis compañeros. Y si eso era triste, el año en que me enamoré de Marcela lo fue mucho más.

Viajaba en mi ruta y era nueva en el colegio. La acomodaron en la silla delante de la mía. Yo iba solo. Atrás iban Jorge y Ávila, siempre riéndose de cualquier cosa y metiéndome en sus charlas hasta que la encargada de la ruta venía a callarnos a los tres.

Tenía un ojo de color claro. El otro estaba cubierto por un parche. Usaba gafas. No era de mi curso y no me la cruzaba nunca en los descansos. Comenzamos a saludarnos en la mañana y a despedirnos en la tarde.

Comencé a estar pendiente de ella.

Comencé a querer saber de ella.

Un día le pregunté cómo se llamaba.

Comenzamos a hablar todos los días.

Nunca le pregunté por el parche que tenía en el ojo.

Cuando Ávila se bajaba del bus, Jorge se pasaba a mi silla. Al comienzo ignoró a Marcela, pero luego comenzó a hablarle. A veces era un poco cruel con ella, pero no insistía mucho. Un día le preguntó por qué usaba el parche, que si acaso le faltaba un ojo. Ella contestó que porque un ojo se le desviaba. Otra vez, cuando ya venía el día de las brujas, ella nos preguntó de qué nos íbamos a disfrazar. «Yo no sé, pero si usted se pinta ese parche de negro, fijo asusta a todo el mundo». Ella no se alteraba por sus comentarios. Seguro estaba acostumbrada.

Y un día cualquiera, porque sí, me di cuenta de que estaba enamorado.

Quería verla siempre. Pensaba en ella cuando estaba en mi casa.

Me gustaba como se veía con su parche y sus gafas.

Había una canción de moda, creo que sonaba en una telenovela. El cantante parecía estar desbaratándose de tanto amor. Comenzaba suave, despacio, como arrastrando las palabras *saber dónde estás y cómo estás quisiera* y así seguía hasta que llegaba al coro, y ahí

estallaba y cantaba con voz desgarrada, intensa, *tan pequeña es, tan frágil es, sin ti, lo sé, yo ya no puedo vivir* la letra se repetía, hipnótica, hasta un momento en que gritaba, desesperado *siento que no encontraré una mujer como tú otra vez* y volvía el susurro, para terminar en un bucle perfecto *saber dónde estás y cómo estás quisiera*.

Me parecía que la canción era la expresión perfecta de mis sentimientos.

Y la sensación se confirmó cuando, terminando el año, Marcela me dio un golpe que no esperaba.

«No voy a volver al colegio el próximo año», me dijo.

Los papás habían decidido cambiarla de nuevo.

No pregunté a donde se iba a llevar su parche, sus gafas, su belleza, su atarantamiento.

Se iba y tuve algunos días para decirle algo, para escribirle una carta, para componerle una canción. Intenté las tres cosas. Consideré hacer las tres cosas, mejor. Pero no le dije nada, no le escribí nada.

Me la crucé por la calle años después, cuando yo estaba terminando el bachillerato. Nos miramos un momento. Ninguno dijo nada. Estoy seguro de que no me reconoció. Yo había adelgazado y comenzaba a tener barba. Ella, por supuesto, ya no usaba el parche. El estrabismo y yo habíamos quedado atrás.

LA COMETA

El plan para celebrar los cumpleaños en mi casa era ir a una pizzería. Mis papás escogían una pizza y era privilegio del que cumplía años escoger otra. Mi mamá siempre renunciaba a su derecho y lo cedía a alguno de nosotros.

El día en que cumplí once años me levanté pensando en si iba a escoger la hawaiana, que aún me gustaba, o la tropical.

Mientras me vestía para ir al colegio, llamaron a mi mamá para avisarle que mi abuelo estaba agonizando. A las nueve de la mañana estábamos en carretera hacia el Tolima.

Mi mamá estaba en plena licencia de maternidad, ya no éramos solamente mi hermana, mi hermano y yo. Ahora también estaba mi hermanito.

Me cambiaron la pizza por un queso súper cremoso que compramos en un sitio en el que siempre parábamos. Me lo comí entero. Mis papás, que siempre estaban tratando de que no fuera tan glotón, ni se enteraron. Era raro viajar entre semana por una carretera casi vacía. Al llegar, mi mamá instaló a mi hermanito en casa de una de mis tías. Un bebé no debe estar cerca de un moribundo ni de un cadáver. «Esos niños que usted ve cómo débiles, como que no crecen, como con la piel suelta, como sin fuerza en la cara, mijito, eso casi siempre es porque se yelaron cuando chiquitos», me explicó mi tía.

Mi abuelo estuvo consciente hasta el final y se despidió de todos los que fueron a acompañarlo. A los niños, sin embargo, no nos dejaron entrar. Yo, de todas maneras, no habría sabido qué decirle.

Pasamos tres días allá. En la primera noche prepararon el cuerpo y al día siguiente se abrieron las puertas de la casa desde el mediodía. El velorio duró hasta el amanecer del día siguiente. A lo largo de la noche mis primos mayores se turnaron para atender con tinto, aguardiente y cigarrillos a quienes velaron al muerto. Mientras estuvo vivo, el abuelo nunca le había hecho el quite a una botella de Tapa Roja. Ahora creo que debieron haber comenzado a repartir el trago desde antes, cuando se estaba despidiendo, cuando todavía tenía garganta para el último. El de irse.

En la mañana la casa olía a muerto. Nunca he vuelto a sentir ese olor.

Volvimos a Bogotá un jueves. Al día siguiente mi papá tenía que ir a trabajar y mis hermanos y yo fuimos al colegio. Tan pronto entré al salón el día siguiente, se me acercó Ávila, que en ese tiempo tenía la costumbre de contar un chiste de doble sentido en la mañana, al llegar. Yo casi nunca los entendía, pero igual me reía como el resto del salón. ¿De dónde los sacaría? ¿Un vecino? ¿El papá? ¿Un hermano mayor?

Yo esperaba el chiste, pero él me miró completamente serio.

«Supe que murió su abuelo. Sentido pésame»

Me dio la mano y se fue.

Sábado, 10:00 a.m.

Llegamos al colegio y no había nadie en la entrada. El portero ni siquiera hizo el gesto de abrir la reja. Sorprendido, mi papá se bajó del carro y se fue a hablar con él. Charlaron un buen rato. Mi papá señaló un par de veces al carro. Volvió.

«No hay asado. Lo aplazaron».

Era mi último año de primaria. Ya sabía que iba a cambiar de colegio y vivía en estado de confusión permanente. Daba mal las fechas de las reuniones. Anotaba mal las tareas, aunque la mayoría de las veces no apuntaba nada. Dejaba el uniforme de educación física en la casa. Y ahora habían cancelado el asado y yo no tenía ni idea. Me preparé para el regaño.

«Seguro avisaron cuando estábamos en lo de tu abuelo», dijo mi papá disculpándose.

Al momento, vi que el portero abría la puerta. Mi papá me dijo que lo había convencido de que, al menos, nos dejara estar un rato en la cancha de fútbol. Nos bajamos del carro. Mi papá llevaba las papas y el guacamole. Yo llevaba la cometa y unas frutas. La carne la dejamos en el carro. Caminamos por el colegio que, totalmente desocupado, se veía aún más grande. Salimos a la cancha de fútbol y nos instalamos justo en la mitad. Comimos manzanas mientras mi papá preparaba la cometa.

Comenzamos a elevarla. Mi primera tarea fue sostenerla mientras él le daba los primeros tirones. A medida que cogía vuelo, me la entregaba para que yo tratara de elevarla más, pero en lugar de eso perdía altura. Él la tomaba de nuevo, la elevaba un poco más y me la pasaba de nuevo. Así estuvimos un buen rato hasta que me senté solamente a mirar. Era feliz así, viéndolo volar la cometa, disfrutando. Me recosté en el piso y vi como la figura roja y brillante se hacía cada vez más y más pequeña, hasta convertirse casi en un punto. La cola apenas se veía.

«¿Quieres tenerla un rato?»

El carrete se había terminado. Mi papá me ofrecía el extremo, apenas un hilo, para sostenerla. Lo recibí con miedo, como si me fuera a pasar corriente, como si la cometa me

fuera a arrastrar. La sostuve un buen rato. Estaba tan alta que bastaba darle un par de tirones de vez en cuando para que no se cayera.

Nos turnamos para mantenerla elevada, mientras íbamos comiendo papas y guacamole. No habíamos llevado nada de tomar. Mi papá me preguntó si tenía sed. Le dije que sí, pero que no quería bajar la cometa todavía. Se recostó en el piso y se fue adormilando poco a poco. Yo no me cansaba y él no parecía tener afán. Sentí que podríamos quedarnos ahí hasta el lunes, turnándonos para mantener elevada la cometa, pero uno de los vigilantes vino a buscarnos. Lo enviaba el portero para decirnos que debíamos salir.

Mi papá bajó la cometa mientras yo recogía nuestras cosas.

Yo comencé a llorar. Sin hacer ruido, sin escándalo. Se me escurrían las lágrimas y no sabía por qué. Mi papá me acarició la cabeza, despeinándome. Me tomó de la mano mientras caminábamos hacia el carro, igual que la primera vez que me había llevado al colegio.

Contenido

NOTAS SOBRE LA ESCRITURA DE <i>TERRITORIOS NACIONALES</i>	1
TERRITORIOS NACIONALES	8
LAS GUERRAS	8
CRUZADA DE LA DIGNIDAD Y LA VERGÜENZA	20
EL VIAJE ASTRAL	23
EDUCACIÓN	33
SUPERMÁN Y EL PEQUEÑO GUARDIA ROJO	38
EL CHACAL Y LOS COMISARIOS	45
PEQUEÑA Y FRÁGIL	52
LA COMETA	59